

DE CABALLISTA

Á

MATADOR

DE TOROS

NOVELA ORIGINAL É INÉDITA

POR

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA



50

2 PTAS.

573

DE CABALLISTA Á MATADOR DE TOROS



DE CABALLISTA Á MATADOR DE TOROS

NOVELA

POR

Prudencio Iglesias Hermida.



3

MADRID
IMPRESA DE JUAN PUEYO
MESONERO ROMANOS, 34

1915

A

JUAN PUEYO,

EL GORDO, EL POPULAR IMPRESOR, UNO DE LOS
HOMBRES MÁS EXTRAORDINARIOS, Y SEGURAMENTE
EL ESPÍRITU MÁS GENEROSO CON QUE ME HIZO TRO-
PEZAR EN LA VIDA EL AMIGO JEHOVÁ.

LE DEDICO ESTE LIBRO Y ESTAMPO SU NOMBRE
AL FRENTE CON UNA AMISTAD PROFUNDA, CON UNA
AMISTAD COMPLETA, PUESTO QUE SALE DEL CORA-
ZÓN Y LA CABEZA.

DON JUAN, QUE HAYA SALUD.

PRUDENCIO.

Nuevas aventuras de Juan del Duero.

Los perfumes del vicio y el misterio.

La famosa fábrica de perfumería madrileña de *Gallifet freres* y *Ruiz Arconte* de la calle de Rosales, administrativamente había estado.

Carecía de crédito en la plaza. Sus escasos obreros y empleados cobraban mal y tarde. Reinaba una soledad espantosa en la sala de máquinas y en los pisos altos.

Tres ó cuatro empleados viejos contemplando por los cristales empolvados los lejanos bosques de la Casa de Campo, hablaban con tristeza de la miseria que les esperaba.

Un día, súbitamente, en la fábrica todo sufrió un brutal cambio.

Una noticia corrió como el resplandor de un fogonazo:

—Hay director nuevo.

—¿Quién es?

—Un extranjero.

—¡Ca, hombre! Un español. Un madrileño. Lo conozco yo desde hace mucho tiempo. Un hombre simpático y muy bueno.

—¿Cómo se llama?

—Juan del Duero.

—¡Atiza! ¿El aventurero ése complicado en los escándalos del casino de Spa?

—El mismo.

—¡Arreal! Pues sí que la han acertado. Ese se lleva hasta las mesas.

—Hombre, ya veremos. Peor de lo que estamos no es posible.

—Pues peor estaremos. Ese tío nos echará á todos á la calle.

—Ya lo veremos.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y apareció un mocetón tremendo seguido del propietario de la fábrica.

Fué hecha la presentación. Aquel hombre era el nuevo director. Juan del Duero.

Estrechó la mano á todos los empleados. Miró el reloj y el calendario. Dijo:

—Señores: mala hora y mal día para no tener dinero. A la misma hora y en el mismo día del mes que viene, estaremos en camino de ser ricos. ¿Quién tiene un cigarro?

—Servidor de usted—dijo un empleado presentándole una cajetilla.

—Gracias. ¿Es de colillas?

—Es de picadura de la Habana.

—¿Contrabando?

—Sí, señor.

—Bueno. Deme usted la mano. Le felicito. Todo lo que sea libertarse de la ley me satisface.

Hubo una pausa mientras se encendieron los cigarros.

El nuevo director preguntó:

—¿Dónde está el jefe del laboratorio?

—Yo soy; servidor de usted.

—Pues, en seguida, vámonos abajo. Tengo mi plan de invención de nuevos perfumes y quiero inmediatamente que empecemos á trabajar. Yo soy un perfumista improvisado, ¿no es así?, pero tengo empeñada mi palabra de honor en salvar la fábrica de la ruina en que se halla enterrada. Cosas más grandes he hecho. Esto carece de importancia. La humanidad tiene muchos vicios monstruosos cuya explotación es una industria eterna. Y esto es, precisamente, lo que se va á intentar.

El director y el subalterno se encerraron en el laboratorio.

—Vamos con el capítulo de los afrodisíacos. Haga usted puntualmente lo que le ordeno— dijo Juan del Duero.

Con menta y azahar, zumo de los naranjales de Valencia y hierba india de la Arabia; mezcladas en proporciones indicadas por una tabla química, compuse un afrodisíaco feroz, de olor fortísimo, para príncipes y reyes extenuados, á cuarenta *dollares* el litro.

En seguida, con las mismas substancias, á las que incorporó limones machacados de Calcuta y medula de búfalos de los rebaños de Benarés, dio origen á otro afrodisíaco que, debiendo ser más caro que el anterior, costaría, sin embargo, treinta y nueve *dollares* menos en litro.

La savia de las palmeras del desierto es capaz, bebida, de enloquecer á un elefante. Con ella, mezclada con purísimo alcohol, hizo el Duero un afrodisíaco, al que denominó *la noche de la fuerza en Estambul*.

A los dos afrodisíacos anteriores les dió los nombres de *Virgen de Atenas* y *Permume de los muslos de la Dogaresa*.

Luego inventó un excitante baratito, cualquiera, para la canalla, vendido casi de balde, como anuncio, destinado á los centros de placer de Madrid y provincias.

É inmediatamente llegó el momento sensacional, el momento del cual iba á salir el prestigio fundamental de la casa.

Atención. Llenó de alcohol puro y zumo de amelias de Córcega y Ceylán, con tintura de

ópalo, un botellón espantoso. Total: seis reales todo. Le puso una etiqueta que decía: *El perfume del Misterio; el de la Noche*, y le pegó al frasco un cartel rojo como una bandera de rebelión, en la que se leía: Afrodisiaco inasequible para las fortunas de Europa y América. Asia, tan sólo, con sus selvas y sus rajhás. Precio del frasco: un millón.

Aquello era el marchamo de la casa: la bomba cuya explosión era necesaria para hacerse oír.

Aquel hombre, Juan del Duero, era de fibra bien moderna. Sabía la importancia del reclamo, como se ve. Lo había estudiado en D'Anunzio. El talento literario del hombre más artista de Italia, unido á su habilidad extraordinaria para prepararse constantemente la presentación escénica, han hecho del autor de *La figlia de Jório* el rival, en popularidad, del bacalao de Escocia.

Hay en Madrid un manco genial, grande como Gabriel D'Anunzio, que no goza, como debiera, de una plena importancia mundial, porque su horror á la industria lo aparta, aristocráticamente, de todos los ruidos. Don Ramón María del Valle-Inclán se cortó la meleña, redujo los anteojos, colgó su capa española y su chistera, se ató á la cintura, como faja, su antigua corbata de lazo proceloso como el mar, y hoy, el gran Condestable de las letras

de España, es, físicamente, un ser casi sin relieve. Si no fuera por su extraña figura mutilada, su aspecto esquelético, fantasmal, sus hombros puntiagudos como un palo cruzado sobre el cuello, y sus ojos de terciopelo oscuro, de luz extraña, de bravo, de poeta, de soldado de Flandes, de aventurero en América ó de santo palmero de Jerusalén, este hombre, cuya memoria pasará los siglos, no parecería, ni con mucho, lo que es.

Juan del Duero, sabiendo lo que comercialmente le sobra á D'Anunzio y le falta á Valle-Inclán, estudió con cariño la forma de presentación de los nuevos perfumes de la casa.

De los afrodisíacos pasó á las esencias. Un engaño, una farsa todo. Llenaba frascos de líquidos extraños, buscando que dieran por resultado olores estupendos y colores apagados. Y vengan etiquetas y vengan títulos. Y... ahí van.

Rosas de la Foscarina.—Recuerdos de Pompeya.—Violetas de Parma.—Violeta negra de los bosques de Estiria.—Oro pálido de California.—Violetas de Niza y de San Remo...

Todas estas esencias caras habían de llevar, por recomendación expresa de su inventor, la etiqueta de la casa, la marca de fábrica, formada por un enlace artístico negro y oro.

Cada capítulo de perfumes era corto, poco y bueno.

Para las colonias sólo adoptó tres nombres: uno general, *Marino Falliero*; otros, la *Melba* y la *Malibrán*, para cantantes.

Le hizo pensar un poco el deseo de acertar en la invención de estucos para las bellezas un poco maduras. Estas mujeres que triunfaron un día por su belleza y su juventud, se revuelven furiosas contra la perfumería universal el día que tienen que buscar en los estucos y el lápiz los encantos marchitos.

—Pero estos perfumistas ¿qué hacen? Estas cremas, estos jabones que estropean la cara, hacen arrugas en los párpados... ¡oh, qué asco!

Es que, en general, todo pasa, señoras. La belleza es una flor y se marchita. Es necesario llamarse Ninon de Lenclos, ó la ilustre y honrada madame de Recamier, ó esa cortesana marmórea, de carne incombustible, avara y estupendamente hermosa, Carolina Otero, para vencer á las primaveras idas.

Juan del Duero sabía lo difícil que son de contentar y aun de engañar las belleñas otoñales.

Pero el Duero no era hombre para retroceder.

Flores de los cármenes de Granada, para las trenzas; Los sueños de Asia; El sol chileno; San Telmo de España; Sierra Nevada; El anochecer en Sicilia; La alborada en las rías

gallegas; Bronce obscuro, y Verde cárdeno del Greco.

La nieve de los Alpes, para los dientes; tintura de rubíes del Brasil, para las uñas.

El inventor cerró el catálogo. Volviéndose repentinamente contra el secuestrado químico de la casa, le preguntó:

—¿Qué tal; qué le parecen á usted todos estos nombres; son vulgares; á qué suenan?

—A... á... á algo extraño; á poesía de Rubén; á versos muy hermosos... truncados—respondió el jefe del laboratorio.

El Duero se quedó inmóvil contemplando á aquel hombre apocado y silencioso que se le revelaba como artista en aquella contestación que acababa de darle.

El Duero, sin apartar los ojos del encogido personaje, le preguntó ya con más consideración:

—¿Cómo se llama usted?

—Yo, Juan... Sandoval.

El Duero conocía aquella firma. La había leído varias veces en periódicos pobres, de esos que no pagan la colaboración, por miseria ó codicia, y que solamente logran tirar unos cuantos números, en los que explotan el hambre de los inéditos.

—Usted es poeta—exclamó el Duero—, un gran poeta.

En efecto, el Duero recordaba haber leído

poemas y pensamientos sueltos muy interesantes de aquel hombre.

Sandoval se puso colorado.

—¿Cómo está usted aquí de jefe del laboratorio?

—La poesía mataba de hambre á mi madre. Un tío mío me proporcionó este destino á cambio de no volver jamás á hacer versos. Y lo acepté... Treinta duros.

—Muy bien. Ese tío... bárbaro que usted tiene, será catedrático, ó mariscal, ó ministro. Ahora faltará usted á su compromiso: hará usted versos y seguirá cobrando los treinta duros. La fábrica va á ser de usted y mía.

Callaron. El Duero tocó un timbre y ordenó que se fueran imprimiendo las etiquetas. Pidió los rodeles de lacre negro y oro de la fábrica, y él mismo, ayudado de algunos empleados, fué cubriendo con aquella especie de turbantes reales los tapones esmerilados de los frascos.

—Vámonos á la calle—dijo el Duero haciéndole un gesto expresivo á Sandoval.

—Yo—respondió éste—esperaré á que den las ocho.

—Usted no esperará ni un minuto. Andando.

El Duero y Sandoval salieron de la fábrica. Desde una distancia de veinte metros contemplaron el edificio.

El Duero, sonriente, le dijo á Sandoval:

—Tú y yo formamos desde hoy una sociedad indestructible. Y juntos, vamos á luchar por la misma cosa: á vivir, á emanciparnos. ¿Tú tienes novia?

—No—respondió Sandoval.—¿Y usted?

—Tampoco. Si yo estuviera enamorado, estaría en camino de conquistar Europa.

Sandoval, perdiendo algo de su timidez, contempló con asombro, frente á frente, á aquel muchachote moreno y fuerte que irradiaba voluntad.

—¿Tú qué harías si tuvieras mucho dinero?

—No sé—respondió Sandoval.

—Yo tampoco lo sé con fijeza.

—¿Tú sabes mucho de arquitecturas árabes?—preguntó Sandoval al Duero.

El Duero, un poco sorprendido por la pregunta, miró con detenimiento á su amigo:

—Sí; todo.

—¿Conoces el palacete árabe del paseo de Trajineros.

—Sí.

—Míralo.

Sandoval sacó del pecho una tabla en la que aparecía, al óleo, el palacete de referencia.

El Duero preguntó quién había hecho aquello tan entonado, tan justo, tan poético.

Sandoval, con una sonrisa de satisfacción, contestó triunfalmente

—Mi madre.

—¿Es pintora?—preguntó el Duero.

—Lo ha sido. Hoy está casi ciega.

Con una voz triste, de verdadero dolor, Sandoval habló de su madre. Su amor inmenso por ella emocionó un poco al Duero.

Realmente impresionaba la emoción de aquel muchacho tímido y dulce que hablaba de las penas de su madre, de su ceguera, de su tristeza constante, empleando frases cariñosas de enamorado.

—Mi madre es muy buena, ¿sabes? Tiene la resignación, esa fuerza incontrastable de los santos. Nunca protesta. Sufre y calla. Su esperanza soy yo. Es muy artista y, como me adora, cree en mis versos. Pero, ya ves, mis poesías la mataban de hambre. Es muy buena mi madre; parece una santa. ¡Oh, y es muy hermosa! ¡Si vieras! El perfil de una diosa. Todo en su cara es noble, augusto. Sufrió mucho. No duerme casi. Está triste siempre. Sólo sonríe cuando oye mi voz. La adoro. Quisiera serlo todo en el mundo para que ella un día se durmiera feliz.

De este modo siguió todavía un rato hablando Sandoval. Entrecortadas las palabras, la voz anudada en la garganta. Aquel muchacho tímido y dulce hizo latir más de prisa el corazón del Duero. Sandoval continuaba hablando con la fe y la tristeza de un poeta.

Anochecía. Los encinares de la Casa de Campo, perdido el contorno en la penumbra, se extendían en una llanura cortada de repente, allá lejos, por el horizonte. Las gibas azuladas del Guadarrama cerraban el paisaje por la derecha. En lo hondo del Parque del Oeste, el monumento á las víctimas de las guerras coloniales.

Por el cielo, entre la columna del monumento y un montecillo lejano, redondo como un tabor, se tendía una faja dorada, intensa, con la fuerza y la rotundidad de un verso. Un caminante solitario subía lentamente hacia Rosales apoyado en su bastón como un peregrino y deteniéndose á recoger, de vez en cuando, el misterio del anochecer.

Calló Sandoval y los dos, inmóviles, contemplaron la ascensión lenta del caminante.

El peregrino al llegar á ellos se detuvo. Era un segador adelantado de su banda que entraba en Madrid hambriento y cansado. Alto, huesudo, con los ojos grises como dos discos de metal, lucientes, febriles como los de un mastín enfermo.

No sabía nada de este Madrid adonde su estrella transitoria lo había encaminado. Pero no había en su pecho temor alguno. Acostumbrado á la pequeñez de su pueblo y á la soledad de las carreteras que había cruzado sin cansarse jamás, les preguntó con toda natur a

lidad á los dos paseantes que lo contemplaban:

—¡Ay, homes! ¿Podréis decirme si vísteis pasar por aquí á los segadores de Monforte?

—No los hemos visto.

—No habrán pasado—murmuró el segador.

—¿Trae usted mucho camino andado?—preguntó el Duero.

—Trece horas de una vez.

—Trece horas sin descanso—pensó Sandoval.

—¿Cansado?

—No, señor.

Increíble. Ante el gesto de admiración de los dos paseantes, el segador rió enseñando unos dientes que relampagueaban. Sin dejar de reir dejó caer el hatillo de los hombros, soltó la cayada, se desciñó de la cintura un cilicio del que pendía una botija aplastada de barro negro, y se sentó el segador al lado de su equipaje.

Mientras buscó el pan en el saco cantó la *Alborada*. Volvió el rostro al sol, allá lejos, y contempló con sus pupilas grises el crepúsculo. Sus mandíbulas poderosas destrozaban con ruido sordo el pan blanco y durísimo. Y cantaba.

El Duero hizo notar á Sandoval la fuerza de aquel hombre ó de aquella raza. El espectáculo de aquel segador confortaba, daba fuerza á los débiles.

—Los milagros de la voluntad, ¿verdad Juan?—preguntó el Duero.—Eso es todo. Trece horas al día andando y sin cansarse; así un mes, un verano, una vida. ¿No se extiende el horizonte ante ti en este momento? Necesitar el menor descanso posible: he ahí el problema. Tú y yo seremos ricos.

Un atardecer.

Amigo, ¡qué mujeres, qué escaparates, qué afluencia de gentes en las calles iluminadas, qué globos de luz cegadores en los vestíbulos y los comedores de los grandes hoteles, qué hora misteriosa de encanto y lujo y voluptuosidad ésa del atardecer en Madrid!

Es la hora á propósito para enardecer á los abúlicos, para hacerles ver, soñar y desear las cosas bellas de la vida. En cambio, un hombre joven y ambicioso que pasea sin dinero y al anochecer por las calles de París, Madrid ó Viena, se halla en excelentes condiciones para necesitar una camisa de fuerza.

El Duero y Sandoval paseaban gozando de la vida por las grandes calles madrileñas. El Prado. Entornando los ojos hasta el punto de perder completamente la línea del terreno, el paseo del Prado parece el canal grande de Venecia: el Banco de España, con sus grecas y

festones y ventanales, recuerda la silueta llena de gracia de la Biblioteca de los Dux. El paseante construye, allá al frente, con la imaginación, la fachada del palacio Contarini; al fondo, tras las revueltas de cuatro callejones, el fantasma patriarcal del Puente de los Suspiros, el vitral del estudio de Tizziano, y metiéndose en la góndola de Ricardo Wagner, remontando las aguas blanqueadas de palacios marmóreos, se sale nuevamente por el Gran canal á la llanura dilatada del Adriático. Y á vivir y á navegar; del Adriático al Jónico y, como una bala, desde las espumas que acarician las playas de Cefalonia, rectamente, con las alas desplegadas como un águila, al Mediterráneo; y esta vía triunfal de la civilización á vivir, á soñar y á realizar los grandes sueños sin descanso.

En la Plaza de Neptuno, el Duero y Sandoval contemplaron el espléndido panorama. La avenida de Felipe IV, decorada por la escalinata del Museo Nacional, el claustro románico de los Jerónimos, las torres góticas; sobre el frente dórico del *Casón* la fronda espesa del Retiro; á la izquierda, la avenida de la Lealtad, la entrada medio circular de un gran hotel, desde cuya marquesina se extendían dos líneas encontradas de carruajes.

Allá lejos, lejos, el gran fanal lleno de luz de la estación del Mediodía. Y la estatua de

Neptuno, cincelada en piedra blanca de las canteras de Castilla, dando frente á la Carrera de San Jerónimo, convertida súbitamente en vía de oro por el parpadeo de los arcos voltaicos, los mecheros de gas y los centenares de farolillos de los coches que rodaban hacia los trenes. Era una zarabanda que fortalecía en el espectador la convicción cerebral é instintiva, plena en una palabra de que hay que vivir.

—¿Eh, qué te parece?—preguntaba el Duero.—¿Es hermosa la vida ó no?

Sandoval afirmaba con la cabeza.

El Duero reía alto sin motivo.

—¡Vaya si es hermosa!—decía.—No hay más remedio que ser rico. ¡Ya verás!

Los dos subieron por la Carrera de San Jerónimo. Al pasar ante el Congreso, el Duero hizo un gesto de indiferencia y soltó un salivazo de menosprecio: de este último sentimiento se salvaron los altos relieves de Suñol y el recuerdo de las víctimas de la guerra de Africa.

Silenciosos continuaron ascendiendo.

Se mezclaron entre el enjambre atolondrado de las Cuatro Calles. El Duero, llevando de un brazo á Sandoval, sorteaba el peligro de los coches metido entre ellos, evitando que un salvabarros le destrozase las mandíbulas y el cubo de una rueda le rozase las pantorrillas.

Los cocheros lo miraban con rabia y le acercaban los caballos para cogerlo entre dos coches y partirle, por lo menos, dos costillas.

Sandoval estaba asustado.

Un cochero al fin logró su propósito: tanto acercó su coche al Duero, que le dió con el salvabarros en la cara. El Duero miró al bárbaro con atención, pero sin indignarse. Vió una cara roja, congestionada, de líneas generales parecidas á las del genio de Córcega. El cochero miró al *señorito*, riéndose de él bestialmente. El Duero sintió un impulso vengativo que lo lanzaba contra aquel animal:

—¡Bestial!—murmuró el Duero conteniéndose.

—¡Ladrón!—gritó el cochero súbita é irracionalmente indignado.

El Duero dió un par de saltos y se colocó junto al coche. Se encaramó en el pescante. Recibió un latigazo en la cara que lo enloqueció. Al nivel del cochero tendió la mano izquierda y le sujetó la tralla; se dobló por los riñones hacia atrás, encogió la mano derecha hasta el pectoral del mismo lado é impulsando los riñones y el hombro hacia delante, soltó el puño, en línea horizontal, como una ballesta.

El cochero recibió el puñetazo en la garganta. Ni respiró. Cayó contra la caja del coche con toda la pesadumbre de sus cien kilos.

El Duero, con la agilidad de un hombre de circo, descendió del pescante, arrastró á Sandoval y desapareció en el laberinto de coches y paseantes, huyendo de la policía.

Para dar tiempo á que el nudo de coches se deshiciera y á que la policía apartara de la línea al *simón* sin gobierno, los dos hombres entraron en una tienda de las Cuatro Calles: el Duero pidió un paquete de caramelos y tardó unos minutos en pagarlo.

Luego tomaron Carrera abajo hacia la calle de Cedaceros.

En esta vía, frente á la calle de Zorrilla, en el hueco que forman tres casas, dos salientes y una al fondo, hay un trozo de pared destinado á carteles anunciadores. En una tira larga, blanca, vieron destacada en azul la figura de un hércules. Debajo, en letras rojas, se anunciaba para aquella noche una lucha feroz en el circo de la plaza del Rey entre un atleta invencible—el retratado—y un japonés de fuerza impetuosa, torrencial, expulsado del Imperio del Sol naciente por haber destrozado con todas las reglas del Jiu-jitsu á diez ó doce compatriotas.

El Duero decidió asistir á la lucha. Invitó á su amigo.

—Dispénsame—respondió con dulzura Sandoval—, no salgo de noche. Estaría intranquila mi madre.

—Entonces te convidó á cenar—insistió el Duero.

Sandoval se puso colorado:

—Dispénsame. No tengo costumbre. Mi madre... ¿sabes?...

—¡Bueno, hombre, bueno! Ven conmigo, que te voy á regalar una cosa—dijo el Duero.

Entraron en una pastelería de Cedaceros y el Duero pidió media docena de yemas congeladas de San Leandro, seis tocinos del cielo, carne de membrillo, batata, frutas escarchadas... un horror... Entregándole el enorme paquete á Sandoval, le dijo:

—Toma. Llévaselo á tu madre. Como no sé lo que le gusta, le he comprado distintas cosas.

Se despidieron. Juan del Duero, silbando, con las manos en los bolsillos del pantalón, echó á andar hacia la calle de Alcalá: era la figura representativa de la fuerza y la despreocupación.

A la puerta de un gran club, un grupo de aristócratas fué objeto de su contemplación. Torsos fuertes, erguidos, fanfarrones; ó figuras débiles, enclenques; rostros insultantes, de una petulancia inconsciente, digna de la casa de salud, ó mandíbulas de prognatismo degradante: en general las dos representaciones clavadas de las aristocracias actuales, de la sangre, en todos los países.

Los hombres fuertes.

Es hermoso ser fuerte.

Es posible que las dos obsesiones más redondas de Juan del Duero fueran éstas: ser rico y ser valiente.

El Duero creía firmemente que para ser feliz se necesita el amor de una mujer; y para gozar plenamente de este amor, es necesario ser rico y ser valiente; pero nada de apariencias, sino en serio. El Duero no amaba todavía. Le faltaba también ser rico. Pero era valiente.

Una noche Juan del Duero entró en la fábrica con los nervios en tensión. Aquel primer avance administrativo de la casa, debido á la invención de los grandes perfumes, amenazaba con revolverse hacia atrás como un rebote. Primero, la aparición de aquellos nombres nuevos que tenían la fuerza musical de un gran poema, hizo efecto en la plaza. Sorprendió, y, por tanto, pareció medio ganada la batalla. Pero inmediatamente los enemigos extendieron el rumor de que todo aquello no era más que una estafa al público. La cosa en el fondo era verdad. El Duero tuvo noticia del rumor y se quedó silencioso, preocupado.

Juan del Duero se enteró de que en Madrid le hacía la contra, á muerte, otro perfumista llamado Ruiz Baler.

Juan del Duero se lanzó á buscarlo. Lo encontró en uno de los solitarios bulevares. Ruiz Baler, al verse ante enemigo tan acreditado le disparó un tiro á traición que no hizo blanco.

El Duero enganchó al traidor y allí mismo lo rebozó á patadas como á un gato. Teniéndolo en el suelo le arrancó el revólver y le dió un balazo debajo de la barba.

Nombró abogado á un joven, bohemio, alto, flaco y melenudo como una bruja de Shakespeare, que le aseguró, á plazo fijo, la absolución.

Y así fué ello. El Duero había matado en legítima defensa y salió libre de la Audiencia á la calle. El abogado joven se acreditó.

Juan del Duero se encontró en medio del arroyo, libre y audaz como antes, pero un poco más triste quizá.

Salió de la sala de Audiencia. Se reunió con Sandoval. Por un pasillo oscuro fueron á dar á una puerta secreta. Se lanzaron al sol y á la alegría de los jardinillos del Supremo. Se metieron en un coche de punto y dieron las señas del paseo de Trajineros.

Por el camino, el poeta Sandoval le hizo una pregunta al Duero, en la que se aludía á la tristeza pasada de la cárcel.

El Duero hizo un gesto enérgico con el que quería decir que había cortado amarras con los días idos.

—Ahora, á vivir. De todo lo pasado, la experiencia nada más. Las lamentaciones no sirven para nada.

Juan del Duero era un hombre moderno. El remordimiento tampoco lo asfixiaba, porque se había deshecho de él con el siguiente razonamiento:

—Si yo no mato á Ruiz Baler, me mata él á mí. Era un traidor, sin familia, sin afectos, sin estímulo alguno noble que diera jerarquía á su ambición. Bien muerto está.

El coche rodaba sobre el asfalto del Prado. Segó á la derecha. Paró ante la casa de Sandoval en el paseo de Trajineros.

Juan del Duero, como en sus mejores días, se tiró del coche haciendo una plancha pectoral completa sobre el pescante, ante el asombro, la estupefacción de los circunstantes.

Juan del Duero en Sevilla.

Carmen de la Vega. A esta mujer famosa se le había perdido una de las estupendas esmeraldas que adornaban sus orejas. Juan del Duero andaba loco buscando por todas las joyerías sevillanas una piedra como la perdida.

Las hallaba parecidas, pero muy inferiores en tonos y matices.

El Duero se hallaba ya un poco desesperanzado de hallar lo que buscaba, cuando un joyero desinteresado le preguntó:

—¿Ha visto usted á Leví, el judío?

—No, señor. ¿Quién es ese caballero?

—El mejor lapidario de piedras preciosas que hay en el mundo. Véalo usted. Estas son sus señas. Si él no tiene una esmeralda como ésa, no se moleste usted en buscarla.

Juan del Duero hizo lo que el joyero le indicara.

Sin esperar la luz del nuevo día, minutos antes del atardecer, el caballista se dirigió á casa del judío Leví.

Por Santa María la Blanca entró en la calle de las Doncellas. A la segunda ó tercera casa, á la derecha, se detuvo. Confrontó el número de una construcción antigua y pequeña y golpeó en la cancela cerrada. Se abrió sola la puerta. El visitante entró y la puerta de la calle se cerró tras él. Quedó solo en un pasadizo lóbrego y profundo.

—¿Quién es y qué desea?—preguntó una voz misteriosa que salía de lugar ignorado.

El visitante se volvió en todas direcciones para descubrir á su interlocutor, sin resultado. Se decidió al fin á contestar al vacío:

—¿Vive aquí Leví, el hebreo?

—Sí, señor. ¿Qué servicio reclama usted de él?—preguntó la voz anónima.

—Que me venda una piedra como ésta—contestó el Duero.

—¿Qué piedra es y cuántos quilates tiene?

El Duero, molestado por el sistema del interrogatorio, exclamó con viveza:

—La piedra es ésta.

Y quedó silencioso, mostrándola en la palma de la mano.

La luz débil del pasadizo se fortaleció hasta dar resplandores vivísimos.

La voz misteriosa concluyó:

—Es una esmeralda soberbia, casi única, de diez y ocho quilates. Pasad, monseñor.

Un ruido de cadenas y una enorme compuerta de hierro que se levanta. Un pasillo espléndidamente iluminado al frente.

El Duero avanza y tras él cae de nuevo la gran compuerta metálica.

Separado del mundo, en medio de un silencio absoluto, el visitante sintió la serenidad de la tumba.

Avanzó más, sin que nadie le sirviera de guía, y llegó á una estancia inmensa, iluminada por un resplandor constante, violeta, como la sala de un castillo encantado. En medio de la estancia, cruzándola toda, se tendía una pasarela de hierro, como una litera muy larga, reproducción exacta del famoso Puente de los

Suspiros. Por una de las ventanas de aquel túnel tan bello vió el Duero una escena que le dejó encantado. El judío Leví tallando piedras preciosas y á su lado una joven hebrea de triste hermosura.

Leví era el tipo inmortal del rabino. Alto y aristocrático: de gran barba blanca como la espuma, nariz de águila, frente de marfil y mirada sagaz que, de un solo relámpago, todo lo veía.

La joven hebrea que se hallaba á su lado era una belleza; una de esas bellezas de la gran raza proscripta que no han reído jamás, que no han hecho más que sonreirse.

—Cósima, hija... —dijo Leví señalando con un gesto la ventana sin mirarla.

Cósima se levantó y fué hacia el visitante.

—¿Qué deseáis?—preguntó.

—Una piedra como ésta.

La joven hebrea llamó á su padre. Leví acudió.

Su inmensa estatura—sería un hombre de siete pies de alto—proyectaba una sombra larguísima. Parecía más alto todavía por la artística indumentaria que le adornaba: una toga amplia de terciopelo negro, y un gorro de seda y oro bordeado por los rizos blancos de la melena.

Una mano larga, con la finura de un lirio, se apoderó de la gema. Aquella mano de ta^u

extremada delicadeza tenía, sin embargo, un aspecto ligero de garra de garduña.

El lapidario, silencioso un momento, rompió al fin así:

—Hermosa piedra. ¿La habéis robado quizá?

—Sí—contestó el Duero sin mover un músculo.

—Y os atrevéis á venir á venderla. ¿No tenéis miedo de que... os detenga?

—No. Si tuviérais otra igual os la compraría.

—¿Cuánto me daríais por ella?

—Lo que pidiérais.

El hebreo miró al visitante con fijeza. Le devolvió la piedra.

—Tomad. Es demasiado espléndida esta esmeralda. No encontraréis otra ni en las colecciones reales de la India. Es una fortuna. Además...

—¿Qué?—dijo el Duero animando al judío. Hablad. Os escucho.

—No—contestó el hebreo—; no digo nada. Si tenéis interés, volved mañana de noche; traed la piedra y os diré lo que os interesa.

—Bien. No faltaré.

El Duero, al despedirse, echó una mirada rápida á la joven hebrea, que lo contemplaba con su mirada profunda y triste.

A la noche siguiente, cerrados ya todos los portales de Sevilla, el hércules circense se aventuró, como un poeta, por las calles silen-

ciosas, bajo el manso resplandor del cielo azul *asiático* de Andalucía.

Llegó á la antigua construcción del lapidario y nuevamente se vió ante el Puente de los Suspiros.

El hebreo, solo, confrontaba brillantes sobre una rodela negra de terciopelo.

—¿Traéis vuestra esmeralda?—preguntó.

—Sí.

—¿Seríais capaz de reconocerla entre cien esmeraldas más confundida?

—No.

—Pues mirad—dijo el hebreo.—Y cogió la piedra; hundió el puño en un saco de esmeraldas y sacó abierta la mano sin la gema.

El Duero sintió un relámpago de indignación.

El hebreo vació el saco sobre una faja de terciopelo.

—Buscad vuestra esmeralda—dijo.

El Duero se inclinó sobre las piedras. Al cabo de un momento elevó una entre los dedos.

—Esta es mi esmeralda.

—¿En qué la habéis reconocido?

—En el tamaño, y en que á pesar de su pureza, tiene en el fondo una pupila de mujer.

—Pues bien. Eso hace que nuestra esmeralda sea única. Es un amuleto: la buena suerte. No hubo nunca otra igual en el mundo.

—Sí la hubo—dijo el Duero pensando en la compañera perdida.

—No la hubo—contestó el hebreo con la seguridad de la intuición y la ciencia.

Callaron.

El Duero jugaba con la esmeralda y el viejo hebreo contemplaba con codicia aquel ejemplar único.

—Esa esmeralda ¿no se vende?

—No se vende. Porque me sobra el oro para comprar otra igual.

El hebreo contemplaba la esmeralda con sus ojos de gavilán. Cogió un trozo de terciopelo y sujetó en el medio la piedra. Formó una hoquedad en un pliegue de la toga y dejó la esmeralda en el fondo. Era, en lo oscuro, una pupila verde que inquietaba.

—Os la compro.

—No la vendo.

El hebreo torno á callar.

No es menester alabar la tenacidad invencible de la raza judaica. Si esta raza no tuviera la fuerza medular de los leones, hace siglos que estaría exterminada.

Levi era en lo físico y en lo moral uno de los grandes ejemplares de su raza.

Miraba la esmeralda con absoluta fijeza, sin pestañear.

—La persona que tuvo esta esmeralda—dijo—no supo apreciarla.

Juan del Duero asintió.

El judío, animado, volvió á su idea:

—El mérito de esta piedra es milagroso. No se debe ni al lapidario que la talló ni al artifice que hubo de engazarla. El mérito es de ella sola. Salió así del yacimiento. Os la compro.

—No la vendo.

Tornaron á callar.

Luego los ánimos fueron abriéndose á la amistad, y á la media hora el Duero y el hebreo hablaban con calor de aquellos famosos judíos españoles de otros tiempos.

Cósima, la bella hebrea hija del lapidario, vino junto á los conversadores, y, atenta, gozó de las palabras interesantes en que aquellos hombres engarzaban sus pensamientos.

La visión lejana de las grandes familias judías de Constantinopla pasó por aquella mansión sevillana de la calle de las Doncellas.

El Duero afirmó que había vivido en la capital del imperio otomano y describió, con rapidez y precisión, todas sus bellezas. Elogió sinceramente, con calor, las virtudes hebreas. Tuvo una frase de suprema gentileza para Cósima. Poco á poco fué ganándose la confianza del inteligente lapidario de gemas.

El hebreo, que escuchaba con puntual atención á su amigo, le interrumpió:

—¿Usted ha viajado mucho? ¿Ha estado us-

ted en el Cabo de Buena Esperanza? ¿Es de allí la esmeralda que usted lleva?

—No sé, Esta esmeralda no es mía. Me la entregaron para buscar otra como ella.

La conversación continuó por el rumbo viajero. El hebreo y su hija, con la afición milenaria de su raza á las leyendas, escuchaban la palabra encantada de Juan del Duero.

En medio de un relato sonaron las doce campanadas de la media noche en el reloj de la Giralda. Acabado el cuento, Cósima se despidió con gentileza primitiva.

Leví y el Duero continuaron sus relatos á lo largo de las horas.

En medio de una descripción muy sonora interrumpieron al hebreo nuevas campanadas de la Giralda.

Leví suspendió el relato.

—¿En qué pensáis?—preguntó el Duero?

—Pienso en vuestra esmeralda—contestó el judío.

El Duero, sonriendo, concluyó:

—Pues... no la vendo.

—No es eso. Esas campanadas me sugieren una solución. ¿Queréis una esmeralda igual? Sólo hay una en el mundo. Os vendo su descubrimiento.

—Descubrirla nada más es poco. Yo necesito la esmeralda. Vendédmela.

—Hay que robarla—contestó el hebreo.

—¿De dónde?

—Ese es mi secreto. Volved mañana por la noche y hablaremos.

Era muy avanzada la noche ya, y los dos amigos se despidieron. Leví, como el Papa griego, salió hasta la puerta acompañando á su visitante.

Al pararse ante la gran compuerta de hierro, el Duero sufrió una impresión extraña de frío en el cuerpo.

No era obsesión suya. A la luz clara del vestíbulo pudo observar que los ojos del judío tenían unas luces extrañas. Una de las pupilas del hebreo era verde esmeralda; la otra oscura, como un brillante negro.

El judío, dándose cuenta del asombro de su visitante, iluminó la confusión:

—Es real lo que usted ve—dijo.—Tengo las pupilas de distintos colores: verde y negro.

El Duero recordó el mismo misterio personal—según la historia—de Alejandro el Macedonio. Y recordó que la luz extraña, violeta, que tenía el judío en su taller de lapidario era la misma que en los atardeces de la antigüedad, en Babilonia, hacían exclamar al héroe de Arbela:

—A esta hora se descompone la luz diabólica de mis pupilas tomando las dos un color de ámbar. Se oculta el misterio de mis ojos y no asusto á las cortesanas de mi reino.

El hebreo había estudiado bien la luz que convenía á sus pupilas en su taller de lapidario.

—Acercaos — exclamó el hebreo. — ¿Qué veis en el fondo de mi pupila?

—Una esmeralda igual á la que yo tengo.

—Pues con esta esmeralda son tres iguales las que hay en el mundo. La otra, la que podremos robar, yo os diré mañana en dónde se halla. No faltéis.

El Duero hizo un gesto de afirmación absoluta.

Salió. Oyó á su espalda el trueno de la compuerta.

A las dos de la madrugada, en la calle de las Doncellas, reinaba el silencio de una tumba. Las casas, en la sombra, parecían túmulos. El Duero se sintió plenamente solo como el guardián de un cementerio.

A la noche siguiente—como en la anterior—anunció al público que estaba enfermo y no trabajó en los arriesgados ejercicios del circo.

El Duero acudió puntual á la cita del hebreo.

El falsificador de piedras preciosas.

En persona Leví el hebreo salió á franquear la entrada á su amigo el dueño de la gran esmeralda. Le recibió con gran afecto y, por

primera vez, le hizo entrar en la litera de hierro del Puente de los Suspiros. Al Duero se le hundieron los pies en un tapiz mullido que cubría el suelo.

Vió de cerca las esmeraldas, los brillantes, los rubíes brasileños que por todas partes lanzaban sus relámpagos, y quedó un poco sorprendido de tan cercana belleza.

Ante el sitial del lapidario notó la presencia de dos estuches de terciopelo negro que se destacaban sobre un paño cuadrado de oro.

Los miró con atención:

—¿Son joyas nuevas?—preguntó.

—Sí. Una esmeralda como la vuestra y un ópalo el más hermoso que brilló en los sueños de una sultana.

—¿Es posible? ¡A verlos!

El hebreo descubrió los estuches.

En efecto. La esmeralda era de una belleza tan estupenda, que Juan del Duero dudó si sería más hermosa que la suya.

El ópalo era la primera maravilla de las piedras de su clase.

El hebreo sonrió.

Las dos son falsas—dijo.—Las he fabricado yo en un día y media noche con extrema sencillez. El ópalo servirá para que hagáis un robo á favor mío. Con la esmeralda falsa... trabajaréis para vos.

—Veamos. Explicad vuestro plan—dijo el

Duero sin perder de vista las maravillosas piedras falsas.

—En la catedral de Sevilla—dijo el hebreo—hay un tesoro magnífico. El sagrado viril cuajado de innumerables perlas y toda clase de piedras preciosas, usado en el Corpus y Carnestolendas, tiene en el centro una esmeralda enorme, exacta en todo á la que vos tenéis. Otro sagrado viril, soberbio, con brillantes magníficamente tallados de América, tiene en el fondo un ópalo como éste, una chispa del sol cristalizada.

—Y se trata—interrumpió el Duero—de sustituir las piedras buenas por las falsas. Pero para esto es necesario saber, por lo menos, soldar metales y montar piedras.

El hebreo hizo un gesto indicándole la extrema sencillez de todo aquello.

Él se lo enseñaría. Al efecto encendió el soplete y preparó unos lingotes y unas piedras. Sobre una plancha pulimentada de lava del Vesubio—que es la mejor piedra de afilar conocida—acarició el filo de unas armas cortas y sutiles.

Nadie sospechaba en Sevilla que Leví el hebreo fuera el más hábil de los falsificadores de piedras preciosas. Leví, como artífice joyero y lapidario, asombraba; pero como falsificador de gemas, era genial.

Poseía secretos únicos de los antiguos lap-

darios de Roma, y desentrañaba, en estudios constantes, las reglas de Benvenuto.

Pero su genio había hecho un descubrimiento, que en el arte de la falsificación lo hacía invencible.

Para falsificar, por ejemplo, la esmeralda y el ópalo de los sagrados cálices de Sevilla, había obtenido previamente unos diseños perfectos. Inmediatamente había fabricado unos fanalitos de cristal de roca, de paredes muy delgadas, con exactas facetas al diseño. Luego, con piedras preciosas machacadas—esmeralda, ópalo—había preparado por los métodos del Tiziano y Veronés unos colores brillantes, con los que había recubierto la cara interior de los delicados fanalillos. El brillo del cristal de roca, enriquecido por los tonos purísimos de esmeralda obtenidos á fuerza de arte con el pincel, habían dado por fruto unas falsificaciones perfectas y geniales.

Leví, el hebreo, no falsificaba jamás joyas que hubieran de servir para adornos personales. Su orgullo profesional sólo se sometía á servicios más altos. Había trabajado para la corona de un rey y, en trato secreto con una cortesana, había hecho la sustitución completa de la guarnición de pedrería del alfanje de un rajhá. Esta era la primera vez que trabajaba el judío en interés propio.

Preparó el pomo del *agua regia*. El pincel.

Trazó un corte rápido que dejó señalado un alveo en cada lingote. Marcó alrededor del alveolo un aro, una delicada cornisa, y allí embutió por sencilla presión de dedos una gema. Afianzada ya, la hizo saltar con una hoja de acero. Todo sencillo, rápido, con elegantes movimientos de los dedos de marfil como espátulas.

—¿Se ha enterado usted?

—Sí, señor.

—Hágalo.

El Duero lo hizo, no con la elegancia y la maestría del judío, claro es, pero lo hizo.

En el rostro de Leví, el hebreo, se había borrado la expresión serena, habitual en los hombres de su raza. Brillaba su mirada de gavilán. La frente y las mejillas, ligeramente rosadas por el trabajo febril, le daban un aspecto extraño al lapidario; parecía una Tanagra gigantesca, una escultura de jaspes que tuviera la córnea de marfil y las pupilas de ébano.

El Duero, en silencio, se preparaba para la gran aventura.

—El tesoro de la catedral sevillana—dijo el hebreo—se halla en un cuarto con aspecto de armario que hay en la sacristía.

El judío trató de mostrar al Duero un plano de aquellos lugares. Lo contuvo con un gesto. Nada de plano. El Duero, como todos los

grandes intuitivos, se enteraba mejor de las cosas, se orientaba por explicaciones pintorescas.

Entrando en la catedral, por *Gradas*, se sale frente al coro. Luego, con inclinación á la izquierda, se llega á la Sacristía. Dentro se halla la puerta del tesoro.

El Duero pensó un momento en aquella explicación, algo confusa de puro sintética, y pidió algunos detalles que fueron contestados.

—La catedral de Sevilla, de noche, ¿por quién queda guardada?—preguntó el futuro saltador del Tenebrario.

—Por mastines de la Sierra de Cuenca, los más grandes y feroces del mundo—contestó el judío.

Ninguno de los dos sabía el número de feroces guardianes y, como es natural, decidieron que había que enterarse.

El hebreo palpó los hombros y los brazos del Duero y quedó satisfecho del examen. Con un hombre de tal vigor físico no había que pensar en resistencias imposibles de vencer de rejas ni armarios.

El hebreo abrió la gran caja de caudales y sacó una joya litúrgica. Se la entregó al Duero, diciendo:

—¿Qué os parece?

—Un asombro de hermosura y riqueza.

—Pues todo es falso—contestó el hebreo.—

Es imitación perfecta del "Lábaro de Constantino", que hallaréis, sin duda, en las joyas del Sagrado Tesoro que vais á registrar. ¿Queréis cambiarlo?

El Duero afirmó rotundamente. La codicia, como la fiebre, tiene su delirio, y el futuro ladrón respondió al hebreo:

—Pero ¿á qué tanta sustitución? Si salgo con bien de la catedral podré traerme casi todas las joyas sin dejar en prenda ninguna buena ó falsa.

El hebreo le indicó los peligros de un descubrimiento rápido del robo, y lo muy útil que sería para ellos que el Cabildo se diera cuenta del espolio lo más tarde posible.

El hebreo, como un estratega, empezó á exponer sencillamente el plan del robo.

Era un ladrón temible el judío. Su cinismo llegaba á la locura. Su audacia y su bravura no debían de reconocer límites. Sus palabras tenían una mansedumbre trágica; había en sus gestos respeto cuando nombraba un atributo sagrado; sólo se escrespaba un poco cuando hablaba de vencer la resistencia de un cerrojo, ó de hacer enmudecer para siempre á un guardián que llegara, de sorpresa, á mala hora.

—Un gran ladrón—decía el hebreo—como un gran conquistador, debe ser cruel. La crueldad es una fuerza. Un hombre fuera de la ley tiene todos los derechos de un hombre

en la agonía: tiene el derecho de usar todos los medicamentos heroicos. Los derechos de un naufrago, ¿dónde terminan? Para un gran ladrón, un hombre ante él se juega la vida por un sencillo movimiento de hombros, por un leve gesto.

Así seguía el hebreo.

Juan del Duero lo escuchaba con extraordinario interés, aprendiendo.

Era un abismo. Leví el hebreo era el Genio del Mal. Era enorme su elocuencia.

*
* *

Juan del Duero, por procedimientos estupendos que se sabrán algún día, robó el tesoro sagrado de la catedral de Sevilla.

No es posible detenerse ahora á detallarlos, porque sufriría el interés de esta historia.

Baste saber que Juan del Duero fué el ladrón.

Al mismo tiempo él tenía un contrato como caballista en el circo de Sevilla. Ahora verán ustedes.

Cósima, la bella hebrea.

—Me está usted arruinando. Hace cinco días que no le da á usted la gana de trabajar

y el gobernador, por no cumplir lo que prometo en los carteles, me está friendo á multas. Aparte de lo pagado, llevo perdidos cuatro días de entrada. ¿Qué se ha propuesto usted? Es usted un hombre sin ley: ni contrato ni palabra.

Así gritaba el empresario de Juan del Due-ro al famoso caballista en su cuarto del hotel una mañana.

El circense, en camiseta, acariciaba sus bíceps, distendía los tríceps lentamente, y hacía movimientos completos de rotación del cuello, con absoluta tranquilidad, como si estuviera solo.

—No me dé usted gritos—dijo al fin con voz amable.—Yo hago lo que me da la gana, ilustre empresario.

—No, señor—tornó á vociferar el empresario—, usted hará aquello á que está obligado. Para eso ha firmado usted un contrato el mismo día que llegó á Sevilla.

—Pues como si no lo hubiera firmado. No lo cumplo ni lo cumpliré, conque ¡andando!

El empresario tuvo un momento de perplejidad ante el admirable cinismo del caballista. Hombre de mundo al fin, cambió de tono y, desoladamente, exclamó:

—¡Pero hombre, por Dios! ¡Un negocio tan bonito, tan redondo, dos mil cuatrocientas pesetas libres diarias, me lo va usted á deshacer

así, de un puntapie? Fijese usted, hombre; por la Virgen del Carmen!

—Bueno, ya hablaremos luego. Ahora tengo mucha prisa. Me aguardan.

Por los ojos del empresario cruzó la indignación. Se contuvo, porque era mucho hombre el Duero para manifestársele indignado.

Antes de salir, el empresario le dijo al Duero:

—En Sevilla todo el mundo cree que es usted el amante de la hebrea. Leví el viejo es un antiguo huésped de Cayena. Mucho será que ese fantasma lapidario no sea el que robó el tesoro de la catedral.

El Duero rió sinceramente:

—Oiga usted—gritó antes de que el empresario se largara:—el ladrón de la catedral de Sevilla soy yo; dígaselo usted á la Justicia; sólo á ese precio conseguirá usted que trabaje yo á caballo.

El Duero acabó de vestirse. Se dispuso á marcharse á la calle.

En la misma puerta del hotel se le acercó un lacayo y le entregó una carta. El Duero rasgó el sobre: leyó las cuatro líneas.

Se quedó contemplando la cara estúpida del esclavo y, entregándole el pliego abierto, le dijo con el cinismo de un canalla libertino del Renacimiento italiano:

—Toma: lee; es una carta de amor de tu ama.

El lacayo no sabía leer y no pudo enterarse de lo que decía á aquel hombre Carmen de la Vega del Guadalquivir, hija natural y heredera de las riquezas, pero no del nombre del malvado duque de Mañara.

El Duero se alejó del hotel y se fué derecho á la mansión del judío. Llamó.

Tuvo que esperar unos momentos á que saliera de tratar un asunto reservado una dama alcorniada que tenía un coche de alquiler á la puerta. Salió, al fin, la dama. Pasó al lado de Juan del Duero sin mirarlo.

El caballista la reconoció y para llamarle la atención, tosió de un modo extraño.

La dama volvió instantáneamente la cabeza. Era Carmen de la Vega, que miró con fijeza al Duero:

—¿Qué vienes á hacer aquí?—preguntó, al fin, Carmen.—¿Vienes á hipotecar el caballo?

—Pero, ¿se hacen hipotecas aquí, hija?

—Sí, hombre; un judío hace de todo.

—Pues mira, voy á hipotecar el alma.

—No te molestes. Te hablo por experiencia: no las toman, porque temen que todas son falsas.

—¡Sopla! Le haces la competencia al hebreo; esa es una frase... lapidaria. Se separaron sin despedirse.

Juan del Duero entró en la garita misteriosa del Puente de los Suspiros.

Leví el hebreo lo recibió con una cortesía afectuosa y nada más. Le invitó á sentarse. Comenzaron á hablar indiferentemente. De repente el Duero preguntó con interés:

—¿Y Cósima?

El hebreo alzó la voz y llamó á su hija.

La bella hebrea hizo su aparición con su eterno gesto triste de estatua.

Cósima se hallaba enterada de lo del robo en la catedral porque había asistido á la última sesión preparatoria.

Aquella mañana había leído en los periódicos los trabajos de la policía para descubrir á los autores del sacrilego espolio.

Cósima sentía una tristeza mortal. Era buena é inteligente; reprobaba en su conciencia el desprecio proverbial de su padre á la propiedad ajena; pero adoraba á aquel viejo imponente, cruel y malo para todo el mundo, pero que guardaba para su hija tesoros de delicadeza.

Samuel Leví no leía jamás los periódicos ni nada. Llevaba un mundo dentro. Preguntó con indiferencia:

—¿Cómo va eso de la catedral? ¿Se descubre á los autores?

Cósima tembló de miedo. Miró las manos de su padre y creyó verlas agarrotadas por cadenas. El cinismo de su padre era otra de las cosas que espantaban á Cósima.

El Duero miró con dolor la profundidad de aquellos círculos negros que rodeaban los ojos poéticamente tristes de la hebrea.

Para desvanecer un poco el dolor de aquella hija, el caballista contestó:

—No es fácil que los descubran. La justicia cree que los ladrones no están en Sevilla: todo el mundo cree que los salteadores son transeuntes, caminantes quizá.

—¿Y ese imbécil que cogieron en la capilla de los cálices?

—Al principio creyeron que los salteadores lo habrían cogido como guía. Luego se creyó que al desdichado lo metieron allí á la fuerza para despistar.

—¿Y hay algún cargo grave contra él?— preguntó Cósima temblando.

—Sí—respondió el Duero—; las herramientas que se encontraron á sus pies.

Cósima ocultó la cara entre las manos y lloró silenciosamente.

Al judío le temblaron un poco las manos con que trabajaba un brillante.

Dejó la piedra y acarició suavemente la cabellera de su hija.

Hubo un silencio acariciado por el llanto de la niña, como el salterio de una fuente lejana.

Samuel Leví y Juan del Duero se miraron un momento por encima de la triste cabellera bruma.

—¿Y el tesoro?—preguntó el caballista con un gesto.

—Allí, oculto en el hueco de dos ladrillos de aquella esquina del techo—respondió el lapidario con los ojos.

La niña seguía llorando con la dulzura de un suspiro.

—No llores, hija—exclamó el hebreo.—¿Cuándo tendrás fe en mí? Ese tesoro era nuestro.

Cósima fué levantándose lentamente. Echó los brazos al cuello de su padre. Las crenchas negras se mezclaron con los rizos blancos de la barba hebrea.

Samuel Leví sonrió dulcemente, sin emoción, con la simpática sencillez de un hombre honrado.

—¡Hermosa escena!—dijo el caballista.—La confesión de Julieta á Fray Lorenzo.

Cósima fué serenándose. Y al fin quedó seria y muda con las pupilas esmaltadas por las lágrimas.

Luego, hablando muy despacio, le hizo á su padre una petición:

—Para mi tranquilidad—suplicó—¡vámonos de Sevilla!

—No es posible; ¡qué locura! Sería lo bastante para delatarnos.

La expresión de Cósima fué cambiándose de mansa en enérgica, y al cabo de un mo-

mento exclamó con voz cortante y extraña, de timbre nuevo en ella:

—Pues hay que estudiar un plan seguro para salvarnos.

—¿Sospecha alguien de nosotros?—preguntó el hebreo.

—Nadie—contestó el caballista.

—Pero sospecharán. Me lo dice el corazón—añadió Cósima.—Y llegado ese momento, es necesario tener un plan infalible. Yo haré todo lo que la necesidad exija de mí. Ya he llorado. Ahora á cumplir con el deber de salvarnos á todos.

Cósima sonrió luminosamente con el talento de una gran actriz.

Este es otro de los grandes secretos de la inmortalidad de la raza hebrea: las mujeres.

Esas energías que mantienen en el hogar las mujeres judaicas son las que más profundamente sostienen la cohesión de esa raza dispersa.

Las gitanas, las moras, las mujeres balcánicas, las hebreas, rinden á la bravura, á la independencia de los hombres de su casa una fidelidad plena. Les son fieles ante el delito.

Por las mujeres, principalmente, se sostiene el potente individualismo de esas razas.

El judío errante.

Pasó el día aquél y el Duero recogió por Sevilla todos los rumores que corrían á propósito del robo en la catedral.

En un café oyó una pregunta que grabó fuertemente en la memoria:

—¿Y cómo es que la justicia no ha echado mano todavía á Samuel Leví, el lapidario?

Juan del Duero aguzó los oídos para oír más *rumores*.

Cuando por la noche llegó el Duero al misterioso taller del lapidario y contó lo que había oído, Samuel Leví se quedó con la mirada fija en un punto, pensando.

El hebreo comprendió que muy pronto le haría una visita la justicia.

Pensaba en el medio más eficaz de burlarla.

Cósima, bordando en un bastidor una soberbia imitación de tapiz persa, miraba al Duero y á su padre. Todos callaban buscando un plan seguro por si acaso.

Palabras sueltas, frases cortadas, preguntas rápidas hechas como disparos.

Pasó una hora.

De pronto en el silencio de la calle sonaron los ecos de una canción exótica. Una voz grave de marino la entonaba.

Cósima y el hebreo se miraron. Cósima tembló de emoción. En los ojos del lapidario brilló un punto de rabia.

El Duero, sorprendido, preguntó:

—¿Conocéis esa voz?

—Sí—contestaron con el gesto la hija y el padre.

En la puerta de la casa sonaron unos alda-bonazos.

Cósima se levantó. El hebreo se levantó también y quedó erguido, inmóvil, en medio de la estancia.

El Duero aguardaba intrigado el final de aquel misterio.

Cósima hizo jugar las palancas que abrían y cerraban las puertas y compuertas de la casa, y allá al fondo de los corredores sombríos sonó la voz potente que antes había cantado en la calle.

Su trémolo se confundía con el eco. Desde la litera del puente no era posible entender lo que Cósima y el desconocido hablaban.

A poco entró la hebrea nuevamente en la estancia: pálida como su estatua en cera, quedó muda contemplando á su padre.

—¿Qué, es él?—rugió el viejo gigante.

—El, Abraham, que ha dado con nosotros después de una peregrinación de tres años.

—Maldición; maldito sea—volvió á rugir el lapidario.

—¡Calla, padre!—contestó la niña con dolor desfallecido.

Samuel Levi asió una palanca que había al pie de su sillón de trabajo y al punto respondió un ruido de hierros lejano y se iluminó el corredor fronterero.

—Pasa, miserable—gritó el hebreo—; pasa, que al fin acabarás por hallar la muerte á mis manos.

—¡Padre, padre!—volvió á suplicar la niña.

Por el corredor avanzaba un hombre. Llegó á la estancia y se paró en la puerta. El Duero se volvió completamente para contemplarlo.

Era un monstruo; de hombros ciclópeos inclinados un poco hacia delante; jorobado; los brazos le llegaban hasta las rodillas arqueadas. Calzaba abarcas. Llevaba un morral de cuero colgando de una mano: un cayado recio de peregrino. Una gran carpeta, en bandolera, llena de libros, periódicos y folletos,

La cabeza del aparecido era un poema. Tenía en los ojos el resplandor de todas las concupiscencias. La boca alegre, perfecta, de glotón de manjares y mujeres; las mejillas rubicundas, y dorados el bigote, la barba y la cabellera. Era una columna de mármol el cuello que sustentaba aquella cabeza, digna de uno de esos granujas irresistiblemente simpáticos de Marsella, de Alejandría ó de Valencia. Para más, aquel hombre era un levantino rubio;

era, pues, un falsario atrozmente simpático.

Reía enseñando su dentadura perfecta.

—¿Qué buscas, malvado?—gritaba sordamente Samuel Levi.

El aparecido reía con el gesto más amplio de su repertorio de hombre sin penas.

—Te busco á ti, padre. Busco á mi hermana. Busco á los míos. Ruedo solo por el mundo desde que soy un pobrecito huérfano de madre.

Aquella frase, pronunciada con un cinismo de que el Duero no alcanzaba toda la importancia, hizo temblar al viejo.

Este se volvió hacia su hija y le ordenó:

—Cósima, ve á acostarte.

La dulce hebrea obedeció dirigiendo miradas tristes á su hermano.

—¡Cósimal — dijo el admirable personaje con un poco de afecto.

—¡Abraham!—contestó la niña, emocionada. Se abrazaron.

Cósima partió tristemente á ejecutar la orden de su padre.

Abraham, sonriente, saludó al Duero con la mano.

—¿Se ha ensanchado la familia?—preguntó.—¿Acaso este señor es el cuñado?

Samuel Levi no le contestó.

El Duero estrechó, riendo, aquella mano de cínico que le tendían.

Samuel el viejo esperó á que su hija se alejara. Cerró la puerta de hierro por donde había salido y, volviéndose hacia su hijo, preguntó:

—¿Qué buscas?

—Nada: un poco de dinero. Hace tres años que no nos vemos y he tenido tiempo de gastar doscientas veces el dinero que me diste la última vez en Constantinopla. Hace seis meses que os busco como un perro por medio mundo.

—¿Pero tú te crees, ladrón, que yo trabajo para que tú te diviertas?

—Naturalmente. Yo necesito dinero para viajar. Estudio en el libro abierto de la Naturaleza. Soy observador, caballero.

—Tú eres un miserable y me avergüenzo de haberte engendrado. Eres un miserable.

—Y tú, otro—respondió con perfecta naturalidad el extranjero.

Samuel Leví hizo ademán de lanzarse sobre su hijo. El Duero se interpuso.

—Vaya, venga el dinero. Al fin me lo has de dar. ¿No recuerdas que tu hijo conoce tus secretos? ¿No ves que puedo decir y demostrar que tú en Marsella asesinaste á mi madre para robarle el testamento? ¿No recuerdas que eres un escapado de Cayena y que yo, tu hijo, lo sé muy bien y sólo con denunciarte te encarcelan? ¡Venga el dinero, venga!

Samuel Leví, inmóvil, contempló con ojos vidriados á su hijo.

Pesaba el aire; se asfixiaba el Duero.

De repente Samuel Leví, con la energia de un lobo, saltó sobre su hijo y le golpeó el rostro ferozmente.

Abraham, con la cara ensangrentada, aulló:

—¡Asesino, traidor, asesino! ¡Escapado de Cayenal...

El viejo hebreo, por encima del caballista, que lo sujetaba, gritó con la voz enronquecida:

—Calla, calla; toma el dinero. ¿Cuánto quieres?

—Mucho, mucho dinero. Oro, plata, piedras de esas que valen millones y que tú has robado en los palacios.

—¡Calla, toma; calla, toma dinero! — exclamó el judío, y dirigiéndose á su enorme caja de caudales, cogió los fajos de billetes, las monedas de oro, y todo lo desparramó sobre los terciopelos que sostenían las piedras.

Abraham contó el dinero y respondió:

—Es poco. Necesito, en moneda veinte mil duros... y luego, piedras.

El hebreo se quedó un momento inmóvil, como sorprendido por una inspiración.

Entregó á su hijo una porción de fajos de billetes, cerró la caja de caudales y rogó al Duero que pasara un momento con Abraham á la habitación inmediata.

Así lo hicieron. El judío joven, antes de trasponer la puerta, exclamó:

—Sigues con las precauciones de tus mejores años, padre. No quieres descubrirme el escondite de tus tesoros.

El hebreo no hizo caso. Cuando el viejo lapidario se halló solo, arrastró el sillón de hierro, se subió encima, abrió una compuerta de media cuarta disimulada en la pared cerca del techo y extrajo el cofrecito en que guardaba las alhajas de la catedral.

Volvió á cerrar la compuerta, restituyó el sillón á su puesto. Del cofre sacó un puñado de perlas, los rubíes del lábaro santo, cuatro esmeraldas soberbias... Pero asaltado su cerebro por una idea diabólica, volvió á guardar las alhajas; llamó á su hijo.

Le hizo entrega delante del Duero de aquel tesoro soberbio, sin decirle, naturalmente, su procedencia.

Abraham, encantado, examinó el tesoro y guardó el cofre en el fondo de su bolsa.

El judío le pidió la mitad, por lo menos, del dinero que le había entregado.

Era tal la magnitud del tesoro, que el judío errante no tuvo inconveniente en devolverle á su padre unos cuantos fajos de billetes.

—Más—rugió el viejo.

—Toma—contestó el joven tirándole dos fajos más.

Abraham se sentó sonriendo, dispuesto á hacer un rato de tertulia.

El Duero se sentó también. El viejo lapidario quedó en pie mirando con fijeza á su hijo.

Abraham, sin dejar de sonreír un momento, habló con su admirable franqueza meridional:

—Es hermosa Sevilla. Y hospitalaria. Yo llegué aquí la noche de la tormenta; á las cuatro de la madrugada me franqueron la puerta de una casa de Triana. Por cierto que, según me enteré luego, aquella misma noche asaltaron el tesoro de la catedral.

—Bueno; vete—interrumpió el lapidario.— Ya hemos cumplido. Tienes tu dinero; con que ¡largol

El judío errante se levantó de su asiento y se dispuso á partir. Era peligroso molestar por más tiempo á su padre. Además, no conducía á ningún fin práctico.

Se echó á cuestras el zurrón, y cantando, como un viejo marino, salió de la estancia.

Jugaron las palancas, se iluminó el corredor y se alzó, al fondo, la compuerta.

El judío errante se volvió hacia su padre:

—Hace veinte años que conozco este sistema laberíntico de cierres metálicos. Lo usas desde que te escapaste de Cayena. Lo usaste en Holanda, en el Cairo, en Rusia, en Alemania... Es una fortaleza. Si yo un día me enloqueciera y te denunciara, podrías resistir aquí

á un cuerpo de ejército; pasarías á la historia como el héroe de Plewna.

El judío errante partió.

El viejo lapidario, cuando oyó el golpe del portón, exclamó:

—Poco le queda de libertad á ese malvado.

—¿Qué pensais hacer?—preguntó el Duero.

—Denunciarlo.

—¿Como ladrón de la catedral?

—Justo. Le hallarán encima el tesoro que le he dado y no habrá defensa para él.

—Pero pensad que os perdéis vos al mismo tiempo. Él hablará también, publicará vuestros secretos y la justicia francesa...

—Yo estoy viejo y cansado. Tomaré mis medidas. La única víctima aquí será la pobre Cósima.

Callaron.

El Duero se levantó. Sin decir nada, como premio á su trabajo pasado, tomó los fajos de billetes que todavía se hallaban sobre la mesa; se puso una sortija soberbia y se despidió del lapidario.

Samuel Leví no hizo ni el más ligero gesto. Como una esfinge imponente, quedó inmóvil en medio de la estancia bajo la influencia de sus pensamientos extraños.

La batalla de las Doncellas.

Una mañana, los rumores graves acerca del robo en la catedral, conmovieron á Sevilla en sus cimientos.

Se decía que durante la noche había sido encarcelado el asaltante de la catedral. Se le habían encontrado al sacrilego casi todas las joyas robadas, lo cual probaba plenamente el delito. Se decía también que el ladrón apresado negaba inútilmente y había hecho revelaciones sensacionales contra el célebre joyero Samuel Leví, el de la calle de las Doncellas.

La gente salió de sus casas con un deseo febril de enterarse. En la calle de las Sierpes había un grupo de vagos, en medio del cual un hombre afeminado daba detalles á todo el que los quería.

—Sí, señor. El encarcelado es un ladrón de Marsella. Lo cogieron disfrazado de pobre en el momento en que entraba en una sastrería á comprarse ropa hecha. Se le encontraron todas las joyas robadas.

—¿Y esas revelaciones sensacionales que dicen que ha hecho?

—Oh, muy interesantes—contestaba el afeminado personaje.—Son todas contra Samuel Leví, el joyero. El ladrón le acusa de mone-dero falso y de asesino escapado de Cayena.

Le acusa también de haberle entregado las joyas del sacrilegio.

—¿Han prendido ya al hebreo?

—Lo han intentado, pero no ha abierto á nadie la puerta. Ahora por la mañana intentarán apoderarse del denunciado, por la fuerza.

La gente, como un oleaje, iba de la calle de las Sierpes hacia la de las Doncellas. La esquina de esta calle se hallaba sitiada por una multitud que se extendía por Santa María la Blanca.

En medio, delante de la puerta del hebreo, por un respeto medroso que nadie se explicaba, pero que todos sentían, se hallaba libre más de un par de metros de terreno.

El cielo azul cobalto de aquella mañana, en Sevilla, brillaba como el cielo del desierto. El sol, con sus rayos como espadas de guerreros, se quebraba en las gárgolas y cornisas de las casas y palacios.

La multitud aguardaba rumorosa.

Unos hombres extraños con figuras patibularias de alguaciles ó sepultureros, llegaron custodiados.

Se acercaron á la puerta del hebreo y llamaron reciamente.

Insistieron.

Una descarga, traidoramente, respondió á las intimaciones y tumbó á uno de los hombres que llamaban. Los demás se retiraron,

llevándose al muerto. La multitud se refugió en las esquinas. Algún curioso asomaba la cabeza.

A la media hora llegó un escuadrón de caballería, que acordonó la casa, y empezó seriamente el asedio.

El tejado era inexpugnable. Solamente tenía unas troneras por las que era imposible que pasara un hombre. Un bombero que lo intentó recibió un balazo en la cabeza que le hizo rodar desde el tejado al suelo y deshacerse el cráneo contra las piedras.

Y con éste eran dos los muertos.

Se echó la tarde encima, y con ella las consultas de los sitiadores tomaban un tono febril, inquieto. Se recordaron los precedentes del Fort Chavrol, de los anarquistas de Londres, de Bonot, Garnier y Garnit, y se convino en la necesidad absoluta de dar á la casa un asalto serio.

Se hicieron los preparativos necesarios.

Pero aunque la decisión estaba tomada, en consultas y discusiones se dió tiempo á que el sol empezara á caer hacia el mar Muerto.

Esa luz de los atardeceres andaluces empezó á dorar las zonas más altas de los edificios. Desde la faja iluminada, hacia abajo, se tendió esa tenue cortina de luz violeta que tanto embellece á las ciudades en el crepúsculo.

La casa misteriosa del hebreo permanecía

muda y hosca como un frío panteón. Algún soldado valeroso pasaba despacio ante ella, mirándola, ante la ansiedad de todos, complaciéndose en las graves campanadas de los cascos de su caballo sobre las losas.

El crepúsculo caía gravemente como sobre un cementerio, en la guerra, tomado militarmente por un destamento de avanzada. El cielo estaba más bello que nunca. Un crepúsculo, si va á alumbrar una trágedia, se embellece.

Un pelotón de hombres bravos con hachas en las manos aguardan la orden de derribar la puerta. Un piquete de soldados, detrás de ellos, se disponen también á avanzar para protegerlos.

El sol, ya muy triste, envía sus últimos rayos, casi de abajo á arriba, contra el cielo.

De pronto sale una rociada de disparos de la casa sitiada. Inmediatamente otra. Otra al fin.

Caen algunos soldados heridos. El oficial que los manda, con una muñeca partida de un balazo, exclama:

—Es un solo hombre el que dispara; con un rifle de repetición y perfectamente atrincherado.

Con serenidad, con rabia contenida, ordena el asalto. Los soldados van á él con una cólera que no tratan de disimular.

En el momento en que se inicia el avance, un hombre sale de las filas del pueblo manifestando necesidad de hablar al oficial. Éste escucha la petición. Se trata de un gran amigo del hebreo sitiado, que pide permiso para parlamentar con el hombre fuera de la ley y exhortarlo á que evite una catástrofe.

No es posible. Los trabajos están adelantados y además, el hebreo ha causado, á traición, la muerte de más de un soldado. Es que el hebreo tiene una hija joven, bella y buena, Cósima, que se halla encerrada con su padre y que va á morir con él sin culpa. El objeto del parlamentario es arrancar á la lucha aquella víctima inocente.

El oficial accede en el acto:

—Hablad lo que queráis—dice—, pero no respondo de vuestra vida.

El parlamentario avanza.

En medio de la calle solitaria grita:

—¡Samuel Leví!... ¡Samuel Leví: soy yo, Juan del Duero, que me ofrezco á salvar la vida de tu hija!

En medio del silencio se abrió misteriosamente una ventana.

La cabeza bíblica del lapidario se asomó como un relámpago para reconocer al parlamentario. Oculto tras el muro de la ventana, el hebreo gritó:

—¿Qué quieres?

—Que te rindas. Y si no, que dejes salir á tu hija Cósima.

La figura delicada de la joven hebrea apareció sin temor en la ventana. Secaba las lágrimas de sus ojos con un pañolito blanco.

—Cósima— exclamó el Duero—, convenced á vuestro padre para que se rinda.

—No se rinde—dijo tristemente la joven.

—Pues salid vos, ya que no hay remedio para él.

—¡Oh, no! Yo moriré con mi padre.

El Duero, inmóvil un momento, hizo un saludo con la mano y se retiró. La joven le contestó agitando el pañuelo.

La noche apareció como un fantasma.

Empezó el asalto. Dos mozos hercúleos dejaron caer sus hachas contra la puerta. Hasta cuatro hachazos secos sonaron. De repente una descarga escalonada—de rifle de repetición—tumbó para siempre á los dos leñadores.

Fueron repuestas las bajas. Y vueltas á hacer de nuevo inmediatamente.

Las cuatro parejas de leñadores fueron tumbadas con mano segura por el hebreo sitiado.

El oficial, desesperado, hablaba de incendiar la casa ó de tomarla á cañonazos.

Realmente era para enloquecer la pasividad de aquel rifle que podía matar, durante un tiempo determinado, á una porción de hom-

bres con la tranquilidad imponente del Destino. Resguardados los hombres detrás de los quicios de la puerta, empezaron á machetear las hojas. Las descargas desde dentro empezaron á sucederse con la regularidad de carraca veloz de una ametralladora.

Al mismo tiempo un pelotón disparaba alto contra la puerta.

Los macheteros, más bravos que lobos, aguantaban resguardados tras las jambas el amenazante cañoneo.

A la sinfonía de los fusiles, un hombre uniformado y con armas, avanzó por el lado contrario de la calle, llevando á hombros una escalera. La apoyó contra la ventana donde se había asomado Cósima. Trepó velozmente á horcajadas sobre el alféizar.

Se detuvo un momento para sacar el sable con la mano derecha y amartillar el revólver con la izquierda.

Se perdió en el misterio de la casa.

La puerta cayó al fin también y los representantes de la ley se precipitaron en aquel corredor oscuro, nido del delito.

La lucha se trabó dentro de la sombra.

Por algún descuido inexplicable, el hebreo tenía abiertas las compuertas y por ellas penetraron los asaltantes.

La muchedumbre, inquieta, oía las descargas de fusilería.

El Duero se destacó de los grupos, y sin armas avanzó hacia la casa.

Las descargas cesaron. En la puerta de la fortaleza apareció un bombero, llevando en brazos el cadáver de Cósima.

A poco el hebreo, entre cuatro fusiles, pasó también como un fantasma.

Llevaba la calva partida por un sablazo y un hilillo de sangre le corría como una vena de jaspe por las barbas.

Pasó ante el Duero.

El autor del sacrilegio, al cruzar su mirada con la del judío, tuvo un momento de inquietud. En la última desesperación ¿iría á acusarlo el hebreo?

Samuel Leví no era de mala raza. Había perdido á su hijo por venganza, y en la venganza había caído envuelto él. Todo estaba perdido para el viejo lapidario.

Al presidio de nuevo.

Pero esta vez iba con la serenidad cruel de la venganza satisfecha.

La calavera de marfil. En la mesa redonda de su hotel.

Juan del Duero se sentó á cenar. Enfrente, un viejo gentlemen lo observaba. Al principio Juan del Duero no dió importancia á la actitud

de su vecino; pero la tenacidad del observador llegó á extrañarle.

Á su vez, el caballista observó.

Se trataba de un hombre absolutamente elegante. Joven, quizá. Delgado. Tenía las facciones tan perfectamente mondadas, que parecía una escultura de marfil. Había en aquel rostro la finura de detalles de una figulina japonesa. Era albino. La bóveda craneana y las oquedades de los ojos eran de calavera. Desde los ojos para arriba era una calavera de marfil.

Comía una plancha pesada de carne sangrante. Partía los pedazos de una sola vez y los engullía con una seguridad británica. Iba vestido impecablemente de frac.

El Duero no distinguía bien las pupilas de aquel fantasma allá en el fondo de los agujeros negros cadavéricos de las órbitas, pero comprendía que se hallaban fijas sobre él.

El caballista inclinó el torso en dos ocasiones para descubrir de una vez si aquel hombre era ciego.

El gentlemen, imperturbable, seguía observando. Juan miró con fijeza las muñecas de aquel hombre, los hombros, el cuello, y comprendió que se trataba de un mozo perfectamente musculado.

El desconocido no dejaba de observar.

Juan sintió un poco de inquietud, que al cabo fué esfumándose. Quedó en él, en el fon-

do de su serenidad, el amor al peligro y á lo desconocido.

Transcurrió la comida con las incidencias naturales en un hotel: la conversación tranquila de dos hombres de negocios; el diálogo vehemente de unos artistas; las carcajadas de unos hombres uniformados acompañados por mujeres; la nota espiritual de una cocota tísica que pasaba como un fantasma acariando con los ojos á los hombres guapos; la entrada del hombre terrible, de coraceros, que hace ruido con el sable y comba el pecho como una coraza y mira á todas partes sin ver, solamente para ser visto...

El Duero se distrajo un momento, pero al punto la esfinge del vecino le volvió á inquietar. Creyó distinguir en el fondo de las órbitas del gentlemen una lucecita extraña como un fulgor. Miró con fijeza. Se adueñó de él una suave laxitud, un leve sopor.

Se dió cuenta de que había dejado de comer un instante con los brazos descansando sobre la mesa, y el tenedor en el plato, como en otras épocas, cuando niño sentía que el sueño vencía á su voluntad.

Reaccionó. Miró con absolutad seguridad aquellas órbitas misteriosas, y aunque miró sin pestañear hasta que el gentlemen hizo un pequeño movimiento de desviación, no pudo evitar una ligera molestia.

El gentlemen había concluido de comer.

Á pesar de esto no se levantaba. Seguía en su puesto con las manos debajo del mentón y el rostro en sombra, presentando un cráneo mondado, perfecto y brillante á la luz de los focos. Aquella bóveda pulida y debajo las oquedades profundas de las órbitas, le daban el aspecto de una perfecta imitación de calavera: era una calavera de marfil.

El Duero acabó de comer; se levantó y salió.

Atravesó el gran pasillo, interceptado á aquellas horas por ingleses, americanos é italianos, que mezclaban sus voces á la pronunciación de los naturales del país, y se dirigió á su habitación.

Antes de que levantara el pestillo, una voz metálica, agradable, detrás de él exclamó:

—Perdón. ¿Tiene usted la bondad de escucharme unos momentos?

—¿Yo? Sí, señor. Estoy á sus órdenes.

El que interpelaba al Duero era la calavera de marfil.

—¿Le parece á usted que pasemos?

—Sí, señor. Con mucho gusto.

Entraron en el cuarto El Duero cerró.

El desconocido no quiso sentarse, por comodidad. Moviéndose lentamente de adelante á atrás sobre las puntas de los pies, empezó:

—¿Se incomodará usted si le acuso inmediatamente de un delito?

—No, señor. Acuse usted—contestó el Duero con naturalidad.

El desconocido dudó un momento y dijo al fin:

—Usted es el que ha robado el tesoro de la catedral. ¿Verdad?

—Sí, señor. ¿Y qué más?

—Que me asombra la naturalidad con que usted se confiesa con un desconocido.

—¿Y qué hacer? ¿Qué daño podría usted hacerme á mí que yo no pudiera impedir?

—¡Hombre, delatarlo!

—Si tuviera usted esa intención no saldría usted de aquí.

—¿Está usted seguro?

—Inténtelo usted.

Los dos hombres se contemplaron erguidos. Sonrieron. El Duero seguía sin descubrir las pupilas de su interlocutor misterioso. El hombre extraño se sentó. El Duero hizo lo mismo y los dos quedaron callados unos momentos.

—¿Y Abraham Leví?—preguntó el misterioso personaje.—¿Dónde está?

—En la cárcel—contestó el Duero.

—¿Lo ha delatado usted?

—¿Yo?

Después de una pausa el Duero dijo con energía:

—Explíqueme usted lo que esto significa. ¿Qué necesita usted saber de mí?

—Necesito... Mire usted: usted es un ladrón, yo soy otro; podemos explicarnos con absoluta libertad. Yo pertenezco á una banda de ladrones internacionales de la cual fué jefe, hace muchos años, Samuel Leví. Por una traición que el viejo hebreo hizo á la banda, ésta lo persigue sin descanso desde hace más de cuarenta años. Hace veintinueve años justos, un afiliado asesinó á la mujer del hebreo, en Marsella; arreglamos todo en forma que nuestro perseguido resultase autor del asesinato. Nos fué fácil acumularle un par de delitos más de sangre y el asesino fué á Cayena. Hábil, bravo, hercúleo, se escapó. Desde entonces al joyero misterioso le ha impuesto la banda el tributo de cuarenta mil duros anuales, y si dejara de pagarlos, sería facilísimo hacer que con una delación el hebreo perdiera la libertad. El encargado de cobrar este tributo de sangre se llama Abraham Leví, hijo del lapidario y jefe hoy de la banda.

—Está bien. ¿Pero cómo sabe usted que fui yo quien cometió el robo en la catedral?

—Por deducciones. Yo vengo desde Nueva York acompañando al jefe Abraham Leví. Nuestra agencia de policía internacional nos señaló en Sevilla el refugio del lapidario; llegamos aquí en la madrugada del robo; yo, disfrazado de gentlemen y el jefe, de caminante. Luego viene la visita de Abraham á su padre;

salió de casa de éste con treinta y cinco mil duros y otro tanto en alhajas. A la entrega de estas alhajas precedió, según me dijo el jefe, una precaución de Samuel Leví. Al día siguiente la policía detiene á Abraham y le ocupa las joyas robadas en la catedral. La cosa está clara.

—Está clara—interrumpió el Duero—por lo que se refiere al viejo hebreo. ¿Pero con respecto á mí?

—Verá usted. Abraham me dijo que en casa de su padre estaba un hombre vigoroso, agitado, de extraordinaria simpatía. Yo me enteré de que usted era amigo del viejo, y como éste no se halla en condiciones de dar asaltos, pues...

—Supuso usted con fundamento que era el amigo el que había robado.

—Sí, señor.

Callaron un momento. El Duero al fin preguntó:

—Bien, ¿y qué desea usted de mí?

—Que me diga usted dónde está el resto de las alhajas robadas; que me ponga usted en condiciones de demostrar la inocencia de Abraham Leví. Le ofrezco á usted el agradecimiento de la banda.

—¿Ó su odio?—preguntó el Duero.

—Sí, señor.

Juan del Duero, tranquilo, con su serenidad

de bravo, aguantó la mirada misteriosa del desconocido. ¿Dónde tenía los ojos aquel hombre? El Duero observó con tenacidad. Los suaves fulgores verdosos que salían de las órbitas le produjeron de nuevo un ligero malestar. El Duero aguantó y, con un esfuerzo no muy grande de voluntad, se impuso fácilmente á la influencia del desconocido.

El hombre extraño sacó una petaca de piel negra, guarnecida de una sutil armadura de brillantes, y le ofreció un cigarro al Duero. Éste contempló un momento la petaca; en el centro, del tamaño de un duro, se destacaba el cráneo y las órbitas de una calavera de marfil, reproducción exacta de la mitad superior del rostro del desconocido. El Duero admiró la exactitud del parecido.

—Este retrato, en alto relieve de marfil, me lo hizo en Italia un amigo mío, escultor de tanto genio como Canova.

—¿Gustavo Blenzza?—preguntó el Duero.

—El mismo. Y le puso en las órbitas dos chispas de esmeralda por pupilas. Como las mías.

El Duero apretó el botón de un encendedor mecánico y metió la llama en la cara del desconocido. En efecto, vió dos ojuelos verdosos que daban un tono siniestro.

—¿Qué papel tiene usted reservado en la banda internacional á que pertenece?

—Los casos extraordinarios. Ahora me hallaba en América del Norte robando una casa de cuarenta pisos.

El Duero no le dió importancia al robo. Comprendió que esto sería facilísimo. Y hasta pensó repentinamente en dos procedimientos primero, robar los documentos de propiedad de la finca, ó falsificarlos, y venderla; segundo, aprovechar un viaje de los dueños y gestionar en la alcaldía el permiso de derribo de la finca, derribarla y vender los materiales. El primer método era más rápido, pero el segundo más seguro. Y cualquiera de los dos era una tontería.

—¿No le extraña á usted el robo de una casa de cuarenta pisos?—preguntó el desconocido.

—No, señor. Yo si alguna vez me extraño de algo es por cortesía.

—Entonces, ¿me dirá usted dónde se hallan las alhajas de las catedral?

—No, señor. Se presenta usted á mí con la amenaza de una venganza de sociedad secreta. Y para mí esa sociedad carece de beligerancia.

—No es la sociedad la que exige; soy yo, nada más—dijo el desconocido con matonería.

—Para mí es usted poco hombre—respondió con naturalidad el Duero.

El personaje misterioso hizo un gesto, y antes que lo concluyera, se vió encañonado por el revólver de su enemigo.

—¿Va usted á disparar?—preguntó.

—¡Si usted lo hiciera precisol...

El Duero bajó el arma y contempló al adversario.

—Hágame usted el favor de tener las manos á la vista.

En la mano izquierda del hombre-enigma se destacaba una soberana sortija: un aro ancho de esmalte negro con doble guarnición de chispas, y en el centro la media calavera de marfil con las esmeraldas en las órbitas.

—De manera que usted no me exige nada en nombre de la banda de ladrones; usted exige personalmente, de bravo nada más.

—Así, como usted dice.

—¡Mentiral Usted no es un valiente.

—Sí lo soy. Ya ve usted; me estoy jugando la vida. Puede usted disparar sobre mí y verme caer como un trozo de granito.

—Yo no disparo así sobre un hombre sin defensa. Le reto á usted para esta noche.

—¿Dónde?

—Donde usted señale. Me es lo mismo.

El desconocido pensó un momento y dijo:

—Esta noche está comprometida para mí. Sin embargo... ¿quiere usted esperarme á las dos de la madrugada en el pórtico de Santa María la Blanca?

—Sí, señor.

El desconocido salió, haciendo una inclina-

ción de cabeza. El Duero lo observó un momento; el desconocido presentó á la contemplación de su enemigo unas espaldas y un cuello atlético, estatuarios, unos dorsales imponentes. Era un hombre sacudido de carnes —hueso y músculo—, pero que daba unas medidas formidables.

Era un buen enemigo.

Antes de salir volvió la cabeza para mirar al Duero.

Como los focos del pasillo estaban altos, los rayos caían sobre él verticalmente.

Aquel cráneo mondado y pulido, con dos oquedades en las sienes, y aquellas órbitas profundas, verdosas... aquel conjunto era una calavera cellinesca de marfil.

La ciudad de los califas. El hachazo de un miura.

Realmente era demasiado valor loco, después de las hazañas llevadas á cabo, continuar en Sevilla. A los tres días del duelo en Santa María la Blanca, Juan del Duero levantó el vuelo y se alejó de la Giralda camino de Córdoba.

Llegó á la ciudad de los califas en un buen día de sol y de optimismo. Entró por el Gran Capitán con su saco de mano al hombro, mi-

rando con afecto á tres ó cuatro mozos tristes, afeitados, vestidos de corto, que hablaban sin duda de sus menesteres taurinos; dió dinero á los pequeños limpiabotas, bronceados y alegres, que se disputaban los pies del viajero, y vió allá arriba, lejos, por el vitral de un gran café, á un hombre que, en medio de otros muchos, hablaba de algo que á todos interesaba apasionadamente.

Era el Guerra.

El viajero lo contempló á través del cristal. Algunos de los que formaban el corro se fijaron en el observador. El mismo Guerra volvió la cabeza y clavó los ojos en el recién llegado. El Duero pudo, por lo tanto, observar perfectamente la cara del famoso ex torero. Ni un solo rasgo vulgar; mirada segura, profunda; líneas perfectas, armónicas, noble simetría de hombre de equilibrio espiritual, y frente amplia de línea suave, y cráneo esférico de pureza de línea nada vulgar. El cuello flojo, el torso sacudido, ya sin muscular. Aquel hombre tendría cincuenta años.

El Duero siguió adelante, pero ya con la obsesión de aquellas vidas emocionantes de los gladiadores de hoy.

Un hombre tiene derecho á ser torero. Y en cambio no sabemos hasta qué punto tiene derecho á ser obispo ó general.

El hombre que contrasta sus aptitudes to-

das las semanas jugándose la vida durante unas cuantas horas, se hace acreedor, sin duda, á un gran prestigio.

La vida, que es lo que más amamos todos, se la juegan esos señores repetidamente con arte y por vocación.

No necesitaban más, ciertamente, para que el Duero sintiera por los bravos gladiadores respetuosa admiración.

Es posible que no haya en el mundo nadie más profundamente encariñado con su oficio que un torero, si lo es fatalmente. El lobo de mar con alma de pirata, Barbarroja; el guerrero inquisidor, duque de Alba; Carlos de Gante; Pedro el Ermitaño; el mismo corso genial, salteador de naciones, Bonaparte, no aman más su oficio que lo amó el Espartero, por ejemplo, ó Salvador Sánchez.

Se cuenta de Manuel García una frase que debe pasar á la inmortalidad como sus compañeras la proclama napoleónica de los cuarenta siglos ó la de Alejandro en Arbela.

Dice la Historia que en cierta ocasión, un rehiletero de Manuel García no hallaba forma de meter los brazos á un toro difícil.

El Espartero le echó mano al cuello á su peón y le explicó la forma de clavarle banderillas al morito.

—Pero, maestro, si hago eso me mata sin remedio.

—¡Andal ¿Y eso qué importa?

¿No está escrita la página de la independencia española por el general *No importa?* Pues tan grande como ese general era ese torero.

Claro es que hablo solamente de los toreros que cumplen su sino. No me refiero en absoluto al torero accidental, bueno ó malo, que es torero porque así le conviene, no porque lo hayan parido para eso. Mi héroe es el Gran Suicida.

Sin duda, más mérito tiene Lagartijo que Manuel García. Del mismo modo que tiene más mérito Napoleón que Hoche, siendo los dos grandes. Pero mis héroes son Lázaro Hoche y el Espartero. Y conste que á ninguno de los dos les faltaba inteligencia ó genio quizá para lo suyo.

El Duero pensaba como yo.

Una mañana en Córdoba marchaba el Duero por el campo de la Merced hacia los Tejarres. Se detuvo al pie de los muros de una corraliza oyendo una alegre gritería. ¿Qué pasa? El curioso paseante afianzó las manos en el lomo del muro y se subió nuevamente de biceps. Un viejo afeitado, sentado sobre un bur-ladero, dirigía la lidia de un becerrete por varios chavales.

Había dos de éstos que se distinguían notablemente: uno por su bravura inconsciente y

el otro por sus indiscutibles hechuras de torero. El viejo dedicaba más atención al inteligente que al bravo. El Duero, sin notarlo, hizo lo que el viejo maestro. Empezó á fijarse. Le extrañó la seriedad, la inteligencia con que el torerito joven ensayaba los consejos del maestro. Interesado ya, hizo la dominación completa de brazos y se sentó en el muro.

El torerito, en un momento inoportuno, dió una huída. El viejo lo llamó con un gesto y le dijo:

—Lo primero para ser torero es valor, valor y valor.

—¿Sí? Pues mire usted á ése.

—Lo de ése no es valor; es *brutaliá*—respondió el viejo.

Los torerillos, ya un poco fatigados, recibieron la orden de retirarse. El viejo se tiró del burladero y se quedó plantado sonriente frente al salteador del muro.

—Baje usted, maestro.

—Allá voy.

El Duero dió un salto y quedó plantado también ante el amo del corral.

—¿Qué se hace?—preguntó el asaltante como á un antiguo amigo.

—Ná. Enseñando á estos chavales.

—¿Son toreros?

—Van á ello. Son los jefes de la cuadrilla de niños cordobeses.

—¿Usted ha sido torero, verdad?—preguntó el Duero.

El viejo inclinó la cabeza afirmando, y contestó:

—Fuí torero. Y bueno. Y bravo. Pero un toro me dió la boleta. Un hachazo en el muslo derecho me hizo perder facultades y valor.

Callaron un momento. El viejo, de repente, exclamó:

—¿Usted es viajero, verdad? No sé por qué me ha sido usted simpático. ¿Quiere usted esperarse á que me ponga la chaqueta y nos vamos á tomar unas cañas?

—Con mucho gusto. Sí, señor.

Así se hizo.

El viejo y el Duero echaron á andar juntos por las calles de Córdoba.

Las gentes los detenía para saludar con cariño al señor *Rafaé*.

La charla amena del viejo hizo entender al Duero que aquel hombre sabía tanto de los toros como de la vida: era lo que él se llamaba á sí mismo: un *filónsofo*.

Hablando, hablando, subieron por la calle de Gondamar. Silenciosa como el claustro de un monasterio, como todas las calles de Córdoba. Un hombre voluminoso, cojo, avanzaba haciendo sonar una pierna postiza de un modo especial. El viejo y el cojo se saludaron con afecto:

—Adió, señor Rafaé.

—Con Dió, Rafaé.

El viejo se paró un momento para ver marchar al inválido, y exclamó volviéndose hacia su acompañante:

—¿No le da á usted pena? Un hombre que á los veinte años iba á ser, en el ruedo, el rival del Guerra, y al que un toro parte la carrera, de un hachazo, en el circo de Cartagena.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el Duero?

—El Bebe—contestó el viejo, quedando silencioso.

—¿Qué hace falta—preguntó de repente el Duero—para ser matador de toros?

—Valor.

—¿Y después?

—Después ó antes ó á un tiempo, condiciones, facultades.

—¿Y después?

—Querer. Y nada más.

El Duero sacó la cartera del bolsillo, de la cartera un billete de *mil*, y entregándoselo al viejo, le dijo:

—Necesito que la tarde de hoy, con la corraliza y el novillo y los niños de Córdoba y usted, estén dedicados á mí. ¿Está claro?

—Como la luz—respondió el viejo.

Siguieron andando. Volvieron atrás. Entraron á comer en el primer café del Gran Capi-

tán. El Duero hacía al viejo las preguntas que le interesaban.

El viejo le preguntó:

—¿Usted es un señorito? Porque los señoritos no han dado más que un torero: Mazzantini. Pero, amigo, ese fué el rey del volapié.

—Pues yo seré el virrey, si puedo. El torero nace, pero el matador se hace; ya verá usted.

El viejo no contestó, y siguieron comiendo.

Juan del Duero comió como un hombre de campo, mucho y masticando como los alicates. Mandó por dos brevas superiores.

Y salieron hacia el campo de la Merced.

Muy despacio, parándose cada cuatro pasos, los dos amigos echaron una hora en llegar á la corraliza.

Salió el novillo, lo torearón los niños cordobeses bajo la autoridad del viejo El Duero, inmóvil, estudiaba, con la fijeza de un mudo, en los movimientos de los chicos y en los consejos del viejo.

Al cabo de una hora de toreo, el viejo, dirigiéndose al amigo, gritó:

—¡Eh! ¿Qué le va pareciendo á su merced?

—Bien. Es fácil esto.

—No tanto, amigo. Pruebe usted.

El Duero salió al centro de la corraliza, y sin capote, citando al torillo, dió un quiebro á cuerpo limpio, apretado, como él lo había vis-

to dar en Sevilla. El torete se llevó en un pitón un trozo de la americana del torero.

El viejo se levantó del asiento.

—¡Camarál Eso es apretarse de veras. Si lo hubiera usted hecho con un toro de respeto, se ganaría el hombre muchas palmas de la afición.

—Lo mismo lo hubiera hecho con un toro como una catedral—contestó el Duero.

El hombre se hartó de hacer cosas delante del novillo y de practicar todos los consejos del viejo. Este, al final, cuando el sol se ocultaba, le dijo al viajero:

—Sí, señor; si usted quiere, ganará usted palmas y dinero en los toros.

Y se despidieron hasta el día siguiente.

El viejo se echó por Córdoba contando las hazañas de un nuevo discípulo, exageradas hiperbólicamente.

Esto, unido á que el Duero dió cinco mil pesetas para la suscripción á beneficio de los huérfanos de un torero, hicieron de nuestro hombre la figura del día en Córdoba, y popularizaron mucho su nombre en el resto de España. El futuro torero siguió estudiando con el ahinco de su invencible voluntad. Su peso medio, su fortaleza colosal le ayudaban inmensamente. Esta fuerza poderosa del Duero era lo que á veces hacía dudar al viejo maestro. Le decía:

—Tienes tanta confianza en que tu fuerza te puede evitar muchas veces un desavío con estos novillejos, que te confías demasiado. No sé si te confiarás así con un bicho de más poder.

—Ya lo verá usted—contestaba el Duero sonriendo.

Un día se organizó en Córdoba una corrida monstruo á beneficio de unos centenares de *piconeros* que en un incendio colosal ocurrido en la sierra habían perdido chozas, carbón almacenado, ahorros, y algunos también un hijo ó la mujer. Que las llamas voraces de aquel incendio criminal no se habían contentado con iluminar la serranía como el sol con los ajuares de unos desgraciados; se habían llevado también por delante dos niños y una mujer.

Se organizó una corrida monstruo con ganado de Miura y los tres más grandes matadores de toros en España.

Juan del Duero, amigo ya con beligerancia de todo el mundo, obtuvo el permiso de salir con las cuadrillas como sobresaliente de espada.

Se hizo un traje de luces, bronce y plata, que hacía resaltar su gallarda figura y sus medidas de hércules.

Y el día señalado para la corrida amaneció el hombre un poco triste, un poco preocupado.

Hizo el paseo bajo el sol de Córdoba y luego se retiró modestamente al estribo á esperar su hora.

La corrida fué colosal, como toda España esperaba. Los maestros hicieron locuras, demostrando una vez más la grandeza, en general, de los profesionales del toreo, que se juegan la vida tantas veces, porque así conviene á una obra cualquiera de caridad.

Las ovaciones se sucedían, se confundían como en una batalla los estruendos del cañón.

La teoría del incendio no es aplicable á las manifestaciones del público de los toros: á la vehemencia, casi á la locura, á la inconsciencia de una asamblea taurina sólo es aplicable la teoría de la explosión.

Llegó la hora de soltar el sobrero y salió á los medios de la plaza el novel matador. Un miureño, tipo clavado de la casta, precioso, salió por el chiquero. Un relámpago de irresolución. Se lanzó sobre aquel muñeco brillante que lo desafiaba.

El quiebro sereno, tranquilo, fué archimonumental.

De toda la plaza se elevó un clamor. El toro se disparó contra un picador y allá fué por el aire todo lo que quería estorbarle.

El piquero cayó por completo al descubier-to. Juan del Duero se metió ante el enemigo y desengañándolo con el cuerpo y sujetándole

materialmente la cabeza con el capote, se llevó al animal. La mancha roja de un monosabio imprudente volvió á llevar al toro al peligro. El picador, espantado, se apretó contra el suelo.

Juan del Duero, con el coraje de un loco, tiró el capote y se metió en la cuna. La cogida iba á ser segura para él.

Los matadores acudieron. Uno agarrado á la cola, otro á un cuerno, el otro, con el capote, distrayendo hacia donde convenia á la fiera; Juan del Duero delante, á un palmo de los cuernos. Un espectador tiró un sombrero cordobés. Suelto el toro, el Duero le dió con el sombrero dos recortes ceñidos que lo molieron, le dejó el pavero en el testuz, volvió á recogerlo y lo tiró al tendido. Se volvió de espaldas al peligro y echó á andar despacio.

Como si se abrieran todas las tablas de un navío en un abordaje feroz, así resonó el estallido que Córdoba dedicaba á aquel león.

Sonó el clarín. Banderillas.

En aquel mismo instante el Duero citó al animal y le dió un quiebro de rodillas. Intentó otro, pero él mismo se echó al bruto encima: el animal lo revolcó.

Con la taleguilla rota se alzó el matador.

A instancias del pueblo cogieron las banderillas los maestros.

Hubo encajes y floreos afilegranados que la

gente premió con tempestuosas ovaciones.

El Duero estuvo brutal como hombre de valor, pero mediano como banderillero.

Cogió la muleta, el estoque. Brindó casi con un gesto. Dió cuatro pases naturales que hicieron contener el aliento á sus mismos compañeros.

Se hincó de rodillas. El toro se le echó encima. Lo revolcó. Le dió un varetazo en el pecho que lo dejó un momento sin respiración. Se levantó tambaleándose, pero conservando los trastos de matar en la mano, lo cual demuestra una carencia absoluta de miedo, y se defendió como una fiera de sus compañeros, que pretendían desarmarlo para evitar un mal mayor. Toreando solamente de medio cuerpo arriba, que no es más que una la verdad, metido en el terreno de la muerte, dió todavía cuatro pases más que daban horror.

Se enfiló en la cuna, hizo que el toro descubriera la cerviz, acorralándolo con la muleta; apuntó tranquilo: avanzando como un cañonazo y reuniéndose en el embroque hasta formar con la cabeza del toro una masa sin líneas, atizó una estocada como un rayo que hizo polvo al animal. Pero aún tuvo tiempo la fiera moribunda de meter la cabeza al matador, y pasando el asta de los muslos, que es adonde van siempre estas cornadas, hizo carne en el pecho del gladiador.

Cayó el miura por un lado y el torero por otro. En medio del horror popular se elevó de un tendido una voz pasional:

—Así cayó el Espartero.

Era verdad. Asimismo murió Manuel Gacía.

El público, impresionado, vió llevar al matador á la enfermería. Una mancha de sangre en el pecho. ¿Muerto? No. Antes de trasponer la puerta fatal, el Duero se irguió sobre los hombros de los que le conducían y sonriendo extendió un brazo enérgicamente. Varias veces, con hondo afecto, se despidió: adiós, adiós.

Como una granizada en un páramo estuvo sonando largamente la ovación.

El asalto á una gitana cordobesa.—La guitarra.

Al Espartero lo cosieron los toros á puñaladas, hasta que un asta más certera de un solo viaje lo despenó. A Frascuelo lo pusieron muchas veces los toros á las puertas de la agonía. Uno y otro lidiador salieron siempre de las cogidas peligrosas con unas ansias ciegas de torear. Hay algo de enfermedad en esto: la enfermedad del heroísmo, que lo mismo produce locos laureados en el coso taurino que en la Granja de Waterlloo. La patria es

una quimera. El bárbaro que en una batalla se lanza solo á galope contra el enemigo y le arrebatata un estandarte, y en su ardor no siente las heridas de su cuerpo, es un enfermo genial de salvajismo, y nada más. No es un patriota: es un loco, un bravo, un hombre admirable que es capaz de matarse con la luna, porque las circunstancias lo reclaman así.

Del mismo modo es un héroe el torero que se deja coger porque considera, en un momento determinado, que peligrata el concepto de su bravura ante catorce mil espectadores que lo ven.

Cada uno de esos hombres es un héroe: engrandecidos ante el peligro, se consideran como representantes de algo más que de ellos mismos: de su raza, quizá.

Pero los dos son bárbaros. Y la barbarie es un espectáculo de los más hermosos, sin duda. En los toros y en la guerra la barbarie es atroz, aunque artística.

Pero los toros tienen una ventaja. Es torero aquel que le da la gana, si le deja el corazón. Y, en cambio, es guerrero el hombre bueno, apacible, del cual hace un homicida la ley.

Es más bella la fiesta de los toros que la de la guerra. Y es libre además.

Nadie sería capaz de desear que todos los hombres naciesen con igual temperamento. Nacen, pues, seres morbosos que buscan el

peligro, que lo aman, que lo necesitan para vivir. Quieren que este peligro acuda hacia ellos rodeado de cierto magno teatralismo: el cielo, el sol, la muchedumbre. De aquí, de esta cantera de seres extraños, salen los toreros y los caudillos. Pero el torero, si el peligro acude en mala hora y hay la fatalidad de no saber sortearlo, cae partido el corazón. El caudillo si vence, mata, y si lo vencen, mata también. En extraordinarias y contadas ocasiones cae, con los muertos, el caudillo también.

Hablo en grande; pienso en alto.

De todo infiero que si ha ganado su gloria Pepe-Hillo ó el Espartero, la han usurpado Alejandro ó Napoleón.

Juan del Duero salió de la cama con más ganas de pelea que antes. La curación fué rápida. Es indudable que el cuerno del toro, si hiere, por el fuego que lleva dentro, cura también.

El Duero salió á la calle en un gran día espléndido de sol. Algo débil, sacudido de músculos, andando despacio y sonriendo á la vida, á la salud.

Las gentes lo saludaban y algunas lo detenían para darse el placer de estrechar su mano. El convaleciente no parecía un matador de toros: tenía el aspecto de un hombre de circo que acababa de salvar la vida después de un formidable trastazo.

Lo acompañaba el señor Rafaé, que lo mimaba y se cuidaba de él como de un tesoro.

Varios conocidos se fueron arrimando al torero poco á poco. El grupo engrosó.

Juan del Duero se detuvo repentinamente apoyado en un bastón, y exclamó:

—Vaya, amigos; los enfermos no podemos gastar cumplimientos; me vais á hacer el favor de largaros, es decir, de permitir que nos larguemos solos el señor Rafael y yo.

Mientras tendió la mano á los señores más próximos, el Duero habló de la fiebre que le acometía, por su debilidad sin duda, en cuanto se agrupaba gente á su alrededor.

La gente se dispersó, y continuaron su paseo silenciosos los dos hombres.

—Sí que eres rápido cuanto te decides—dijo el viejo Rafael.—Como un cañonazo deshiciste la asamblea.

—No hay remedio—contestó el convaleciente.—A veces en un golpe de mala educación está la felicidad.

Salieron de la calle de Góngora, pasaron á lo largo de la fachada lateral de la casa del Guerra, y entraron en la calle del conde del Robledo. Ni un alma caminaba por aquel atrio de iglesia. Una soledad desesperante, quietud de cementerio, tristeza de osario. Solamente allá en el fondo una figura inmóvil se destacaba apenas pegada á una reja.

Dieron unos cuantos pasos más y descubrieron con más fijeza las líneas castizas del que en lugar tan silencioso pelaba la pava tan cómodamente.

El viejo se detuvo, diciéndole á su amigo:

—¿Sabes quién es éste?

—No.

—El Campanero.

El Campanero era el torero más bruto de España y América; bravo hasta lo incomensurable, pero tan ignorante como valiente. Una bestia, vamos.

—Es un barbián éste—dijo Rafael refiriéndose al rondador.

—Sí—afirmó con energía el Duero—, un barbián, simpático, buen amigo, buen compañero.

—Un buen mozo—concluyó el viejo.

—No mires al pasar, por si le violenta—aconsejó el Duero.

—¿A quién, á éste? Verás tú ahora.

Parándose el señor Rafaé ante la reja de la novia del torero, exclamó, dirigiéndose á éste:

—Pero óyeme, so charrán; tú aquí engañando con palabritas dulces á esta confitura de Oriente, mientras allá en la casa tus veintiocho hijos hambrientos están diciendo: “pan, pan, pan”, como un cañón en día de guerra.

El Campanero se volvió alegremente y sa-

ludó al viejo. Luego se dirigió á Juan del Duero:

—Tú eres más bravo que un jabato. ¿Qué tal va eso?

—Bien; muy bien.

El viejo saludó, tuteándola, á la novia del torero. El Duero se quitó respetuosamente el sombrero.

—Mi novia—dijo el Campanero presentándolos.—Mi compañero Juan.

Se tocaron las manos á través de la reja.

El Duero contempló una cara preciosa de mujer, una gitana rubia. La muchacha también miró con fijeza al matador. La belleza viril de este bárbaro hizo impresión. Se contemplaron los dos algo más de la cuenta. La gitana rubia, con una voz musical de salterio, preguntó:

—¿Está usted ya bien del todo?

—Perfectamente. Deseando torear de nuevo para vengarme.

—Aquí nos hizo mucha impresión la cogida. *Este* nos tenía al corriente de su curación.

Éste, ó sea el Campanero, afirmó tres veces con la cabeza, como los niños.

—Bueno, muchachos—intervino el señor Rafael—¿cuándo va á ser esa boda? Está toda Córdoba *azín* esperando el acontecimiento.

—Por mí, mañana mismo. Es decir, ya hubiera sido—contestó el torero.

—Hay que esperar, hay que esperar—concluyó la novia.

Y guiñando los ojos hacia el Duero, añadió con algo más que coquetería:

—Los hombres en esto son muy marrajos; hay que desengañarlos haciéndoselo desear.

La verdad, al Duero le sorprendió el gesto provocativo de la mocita. El señor Rafael no contestó. Y el Campanero se quedó triste, mirando la luz azulada de la lejanía.

—La quiere este hombre—se dijo el Duero.—En cambio ella á él me parece que no.

El señor Rafael dijo dos ó tres chirigotas más á los novios, y la gitana rubia interrumpió:

—Diga usted, Juan, ¿es verdad lo que cuentan de la vida de usted las historias?

—A medias nada más. La verdad es el doble de lo que cuentan—contestó el Duero con fanfarronería.

Después de contestarlo lo sintió. Pero ¿qué hombre era capaz de contenerse ante aquella mujer, que lo contemplaba echando lumbre, sin pestañear?

El Campanero era un temerario ante los toros; pero una parte de público achacaba aquel valor á ignorancia, á inconsciencia. Sin duda, aquel hombre era un poco estúpido, puesto que consentía el diálogo de ojos entre su novia y su amigo el matador.

Juan del Duero se olvidó en dos segundos de la situación del Campanero y se dejó querer. Además, después de un mes y un día de enfermedad, á pesar del quebranto físico de la cornada, aquel león empezaba á sentir la nostalgia del sexo. Se dejó querer.

Hablaron un rato más.

La gitana rubia metía la cara entre las rejas para reir y enseñaba la boca roja, los dientes blancos y estrujaba los globos del seno, tapado por un pañolito, contra los hierros.

El señor Rafael y el Campanero llegaron á hallarse en la falsa situación de dos intrusos. El viejo, molesto, visiblemente contrariado; el pobre torero, sonriendo con leve violencia como un buen imbécil.

—¿De manera que después de la cogida rezaron ustedes por mí?—preguntó el Duero riendo.—Pues si esto hacían por mí á quien nadie en la casa conocía, ¿qué habrá sido por ti otras veces, Campanero.

El pobre Campanero rió mugiendo:

—Por mí ná—contestó.— Ya les tengo dicho que no siento las cornadas.

La gitana miró de un modo indefinible á su novio. El Duero lo miró con redonda admiración.

El señor Rafael, á quien le pesaba demasiado el papel que estaba haciendo, quiso despedirse:

—¿Cuando va usted de nuevo á torear?— preguntó la gitana al Duero.

—¿Cuándo usted quiera verme?

—La primera vez que usted toree en Córdoba iré á verlo.

—No se va usted á atrever.

—Por éstas—juró la gitana besando los dedos en cruz.

El Duero creyó que aquel beso se lo tiraban á él y lo sintió en la cara y tembló de gusto. El viejo Rafael cambió de color. La gitana, estremecida, tomó una expresión fiera. Sólo el pobre matador de toros el Campanero parecía insensible; pero su sonrisa era más triste que antes.

Llegó el momento de despedirse:

—¿Cómo se llama tu novia, Campanero?

—Soledad.

—Adiós, Soledad.

—Quedamos en que no faltaré á la cita— exclamó la gitana.

—¿A qué cita?—preguntó el Duero.—¡Ah, sí! Hasta el día que toree. Adiós.

—Y usted, ¿faltará?—preguntó la gitana comiéndose al Duero con los ojos y rasgando á propósito la boca para enseñarle el tesoro de coral.

—Yo no faltaré. Adiós.

Soledad hizo un gesto extraño é imperativo que el matador tradujo como el rayo.

El Campanero y Juan se despidieron con un apretón cordial.

Se alejaron.

El Duero, con absoluta seriedad, respondiendo sin duda á su conciencia, dijo alto:

—Se hacen infamias, pero no hay más remedio que hacerlas. Esa mala mujer da miedo de hermosa.

El viejo no contestó.

—¡Y qué bravo es el Campanero, y qué bueno! Pero no hay remedio; lo engaño: más fijo que el sol.

El viejo continuó en su silencio tenaz.

—¡Qué hermosa es Soledad! ¡Verdad, Rafael? ¡Qué boca, qué pelo, qué pecho debe tener! Tiene oro en los ojos como los tigres. Se le estremece la garganta al hablar. ¡Me la voy á comer!

—Esa tía está loca por ti. Pero no hagas una brutalidad, Juanillo, para que ese... desgraciado no se case. Yo sé cómo la quiere. Se volvería loco el Campanero. No hagas una brutalidad.

—La hago esta misma noche, Rafael.

—Esta noche... ¡Si puedes!

—La hago esta misma noche: se lo juro.

.....
¡La furia del sexo, la nostalgia, la tristeza del hombre!

A la luz de la luna, por las calles mahome-

tanás de Córdoba la de los Califas, avanza Juan del Duero embozado en la gallardía de su capa española.

Ni un rumor; sólo los pasos del embozado en el eco de la noche.

Da vista á la calle del Robledo y ve al fondo la sombra de su pobre rival.

No sonríe. Se impacienta.

Aguarda tiempo á que la luna dé la sombra de las casas más lejos, y su impaciencia crece. Suelta un silbido, como pudo haber soltado un tiro ó una voz.

A poco rato, allá al fondo, la sombra se aparta de la reja. Despacio, como á rastras, viene hacia él.

El Duero se esconde en una esquina como un burladero y ve pasar con la cabeza inclinada la sombra juncal del Campanero.

Lo deja alejarse y se lanza veloz por la calle de Robledo adelante como por un río caudaloso y á corriente.

Soledad no ha cerrado la ventana. Sus ojos grises y áureos como los de una tigresa habían citado con un relámpago al reciente y ya famoso matador de toros, y su corazón de mala hembra no la engaña al decirle que el matador acudirá á la cita. Juan del Duero acudió al cuerpo dispuesto á hacer una pelea de toro de bandera.

—Aquí me tiene usted como loco. He pa-

sado el día más rabioso de mi vida—dijo por saludo el torero.

—¡Hombrel ¿Tanta rabia le ha dado á usted conocerme?

—Lo que me ha dado rabia es que haya tardado tanto el día en morir, para que llegara pronto la noche y con ella esta hora.

—¿Y qué tiene usted que decirme, vamos á ver? ¿Me va usted á decir que me adora?—preguntó la gitana con un gesto cínico, mirando á la luna y mostrando á la luz de plata toda la belleza infernal de su rostro y su cuello.

—No, señora. Yo no la adoro á usted—respondió el torero.—Eso es poco. Hace horas ó siglos que ardo vivo en la llama de ese cuerpo. Me tiemblan los músculos como no me temblaron jamás. Me arden las sienes y las manos. Yo no he visto jamás una mujer que fuera ni la diezmillonésima parte de hermosa que usted es.

La gitana rubia soltó una carcajada que heló al Duero la sangre en las venas.

—¿Se ríe usted?

—Sí, señor. Ya lo ve usted. Me hace gracia que me quiera usted engañar.

Y volvió á reirse tan sonoramente como antes, mirando al Duero con los ojos entornados.

El torero sintió en las sienes un golpete^o

violento y pegó la cara á la reja para contemplar mejor á Soledad, que se había separado un poco.

—Es usted más blanca que las entrañas del mármol. Cuando el escote me ciega, ¿qué sería?...

—¿Qué?—preguntó Soledad riendo y bajándose muy despacio, un par de dedos, el pañolillo que llevaba al cuello.

La gitana se reía de un modo que hizo tener cordura al Duero. Este pensó inmediatamente: esta niña perversa, ¿me ha citado para reirse de mí?

Tuvo un gesto asesino, que hizo reir más todavía á Soledad.

—¿Qué piensa usted, *mataor*?—preguntó.—¿Qué pensamientos negros tiene usted para mi personita?

—¿Pensamientos negros para usted? ¿Yo? No. Pienso en que tengo la boca seca de decirme tantas veces, á mí solo, lo barbaramente hermosa que es usted.

—¿Tiene usted la boca seca; tiene usted sed?

Riendo, riendo, Soledad extendió el brazo izquierdo hacia dentro y cogió la jarra de cristal con que regaba las macetas. Se la acercó al Duero sin dejar de reir burlonamente.

El Duero cogió suavemente la jarra de cris-

tal llena de agua y la dejó caer á plomo á los pies de Soledad. La gitana dió un salto, y exclamó enérgica é indignada:

—¡Qué bárbaro! ¡A propósito la ha dejado usted caer!

—¡Qué bárbaro, sí!—contestó el torero.— Bárbaro para todo; para amar, para aborrecer y sobre todo y ante todo, fijese usted: bárbaro, para desear.

El Duero, empujado por su furia interior, metió un brazo por la reja con el intento salvaje de coger á Soledad. La gitana le dió un quiebro, y, olvidando el chapuzón de la jarra, volvió á reir.

—No se ría usted, que me vuelvo loco.

—Pues me río para que enloquezca usted.

Juan del Duero no estaba en sus cabales. Un mes antes de la famosa corrida de toros en que recibió la cornada, había llevado una vida metódica, de ahorro físico, excesivamente ordenada, que le había dado una fortaleza muscular inagotable. Pero luego, la quietud forzosa de mes y medio después de la cornada lo había trastornado un poco. Notaba un vigor extraño mayor que nunca, una necesidad absoluta de perder energías, de adquirir su agilidad de siempre, que ahora parecía hallarse un poco anquilosada, sobre todo en la nuca y á lo largo de la espalda.

Quizá sentía un poco de fiebre,

—Oiga usted, Soledad: ¿tiene usted la carne tan fría como parece, como el mármol?

Soledad sonrió de una manera misteriosa, y muy bajo le dijo al Duero:

—Le contestaría á usted si me diera su palabrade ser juicioso y de no decírselo á nadie.

—Se lo juro á usted.

—¿Se va usted á... exaltar?

—No, sé. Digo, no. Se lo juro á usted.

—Pues... yo no sé cómo tengo la carne, pero... pregúnteselo usted al Campanero.

El Duero soltó un rugido y sacudió la reja. Soledad, asustada, exclamó atropelladamente:

—No, hombre; no se ponga usted así. ¡Si ha sido una broma!

—Pues venga usted acá. Déjeme usted tocar su mano.

Soledad tembló de miedo.

—No; eso no. ¡Si ha sido una broma!

—¡Déjeme usted!—rugió el Duero metiendo los dos brazos por la reja y empujándola con la frente como un toro.

—No; por Dios—suplicó la gitana.—¡Si ha sido una broma! Váyase usted. Déjeme ya.

El Duero sacudió la reja hasta hacerse daño en la frente y el pecho. Enloquecido por la furia del sexo que lo atormentaba, rugió sordamente:

—¡Conque citarme aquí para reirse de mi

alma! Lo vas á pagar caro... ¡so ladronal Abre-me; ábreme la puerta.

Soledad la gitana, cruzada, sintió una rabia mortal al verse así tuteada y despreciada. Intentó cerrar la ventana, exclamando:

—Largo; largo de aquí, ahorcado.

Pero Juan del Duero le tiró un puñetazo, que falló, á los cristales y, agarrándose á la reja como un oso, empezó á sacudirla como un terremoto.

Soledad, asustada, se refugió en el fondo de la habitación.

La reja, sacudida, retemblaba. Un cascote arrancado de la pared rodó por la calle. La reja sonaba ya como un bordón viejo, rajado.

El Duero, con las manos, las palmas hendidas por los barrotes, seguía sacudiendo: sus dos piernas, como columnas, clavadas materialmente en el suelo, se estremecían como al paso de un tren.

Los cascotes, desprendidos ya en gran cantidad, cayeron sobre los hombros del Duero.

Al fin la reja se desprendió de su álveo y se dobló sobre el pecho y el rostro del Duero

La dejó sobre las losas de la calle sin ruido, y apoyando un pie en el alféizar, el salteador se halló dentro.

Un grito de miedo de Soledad. El salteador, silencioso, como un lobo que va á apagar su deseo,

En la calle, la noche y el misterio.

Una estrella filante que cruza en el cielo.

.....

Un mendigo, famoso en Córdoba, cantador flamenco, borracho, que vive de noche engrandeciendo con sus jipíos las juergas de toreros, pasa arrimado á la pared, como una sombra, por la calle del Conde del Robledo. Viene del "Arca de agua", de una casa misteriosa, donde ha estado cantando sin descanso sus poéticos y trágicos romances hasta enronquecer. Lleva terciada á la espalda la guitarra, y va contando su dinero. Se detiene ante la reja arrancada.

—¿Qué es esto? ¡Santo Cristo del Perdón, la reja de la gitana! ¡Si tendrá fuerza el Campanero!

El borrachín se acerca á la ventana y se aleja sonriendo.

—Lo que hacen los hombres cuando se ciegan! Mañana sabrá toda Córdoba que el Campanero ha entrado de noche en el cuarto de su novia. ¡Campanero, Campanero!...

El mendigo sigue andando despacio. Descuelga su guitarra, se la tercia sobre el pecho y empieza á tañer dulcemente las cuerdas graves. Las notas semejan campanadas lejanas de poético y triste son.

Por er medio d'esta caye
anda un gavilán perdío,
disiendo q'ha de sacá
la paloma de su nío.

Un pájaro zarzaleño
que se cuela en los zarzales;
también se cuela en tu casa
sin que lo sepa tu madre.

Como la campana tiene
fundíos siete metales,
así tienes tu el deseo
¡Campanero!
en la masa de la sangre.

Siguió el mendigo dando los últimos jipíos de sus cantos morunos populares, y se detuvo en la esquina de la calle tañendo su guitarra.

Heroicamente, bajo la bóveda de cobalto del cielo andaluz, sonaba la sonata del miserable. Aquel sér astroso y degradado, borracho siempre ó casi siempre, era capaz con su guitarra de hacer latir muy de prisa un corazón muy grande.

¡La guitarra! Su son, por lo que tiene de lejano, de nostálgico siempre, es el instrumento músico más poético que despierta los recuerdos mejor guardados. No es instrumento de guerra, como el clarín ó el timbal: es de descanso. Después de una batalla sangrienta, para devolver dulcemente la paz á los espíritus, la tranquilidad á la imaginación, la serenidad á la mente, nada como el son aterciopelado de la guitarra.

El miserable cordobés hizo, de repente, un

repiqueteado primoroso con los dedos, sobre las cuerdas, y cantó, sin venir á cuento, con esa gracia absurda de los borrachines:

Si me mirara por dentro,
me viera yo er corasón:
de tanto como he bebío
no tiene *parrripitasion*.

Al concluir la copla, dió una zapateta de las de molinete, y por poco se deshace la cabeza con una casa. Se serenó al fin, y, arrimado á la esquina, empezó un trenzado de notas, un repiqueteo furioso, un *tan tan* moruno, con la palma de la mano en la caja de la guitarra, unos golpes secos en el mástil, y unos quejidos prolongados de las cuerdas, como suspiros, que se elevaban en la noche rectamente como águilas.

De pronto, un vecino trasnochador le da un grito al cantante:

—¡Oiga usted, so pelmazo! ¿Se va usted á callar?

El borrachín sigue imperturbable tocando su guitarra.

El trasnochador se acerca y escucha embobado.

—Eso no es una guitarra: es un sarmiento. Pero, compadre, usted es el Guerrita en eso.

El otro, toca y toca, sin dirigir ni una mirada al auditorio.

—¡Olé!—interrumpe de vez en cuando el auditor, que está también un poco borracho.—
¡Eso es tocar! ¿Se puede saber dónde lo parieron á usted? Toca usted mejor que mi abuelo, que esté en gloria.

De pronto, irrespetuosamente, el borracho trasnochador hace la rana con la boca, y á medio palmo del cantaor.

Este, considerando como grave la injuria, se encrespa, agarra la guitarra por el mástil, é impone violentamente la ley.

El borracho entrometido, asustado, da explicaciones y termina con una lamentación muy en su punto:

—¡Ay, Dios mío, qué borracho estoy!

Luego vienen ya explicaciones cordiales, dadas en voz baja, y por fin, la confianza, la revelación.

—¿Hablo con un hombre?—exclama solemnemente y como un tiro el guitarrista.

—¡Hombre!, por ser tú te lo paso—responde el Cid Campeador.—Si otro cualquiera me dirige esa pregunta, lo hago virutas la espina vertebral.

—Entonces, quedamos en que hablo con un hombre—insiste el de la guitarra como si no hubiera oído nada.

—Sí, sí; con un hombre ó con diez. Habla.

—Está bien. ¿Tú conoces al Campanero?

—¡Atizal Desde que mamaba.

—¿Conoces á su novia Soledad?

—¡Atíza! ¡La hemos criado en casa!

—¿Que la habéis criado en casa? ¡Anda; si tú eres de la inclusa, so charrán; con esa caral...

Total, que el borracho guitarrista hace al otro la confianza de su descubrimiento respecto á la honestidad de la gitana.

El otro suelta un resoplido de estupefacción. Parece que se le ha quitado la borrachera repentinamente. Se yergue altivamente.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Ven á verlo.

El miserable guitarrista se siente brutalmente empujado hacia delante.

Pretende revolverse, y una formidable patada en la guitarra le quita la borrachera repentinamente.

—¿Pero qué es esto? ¿Qué me pasa á mí?

—¿Qué te pasa á ti, so bestia? ¿Quién te manda á ti ver lo que no has debido ver nunca? Mañana hablarás por toda Córdoba y todo el mundo sabrá por ti lo que no debiera saber nadie.

Todavía recibe el guitarrista dos patadas más tiradas á bolea, que nadie sabe, más que el que las recibe, donde caen.

El guitarrista, atontado y con la guitarra hecha astillas, se aleja como un lobo asustado.

Queda viéndolo huir, bramando de coraje,

el señor Rafael, el maestro de tauromaquia de los Tejares.

El reto.

—Juan, vengo á buscarte.

—Habla, Campanero.

—La reja de mi novia amaneció arrancada. Yo no he sido. Toda Córdoba dice que has sido tú el ladrón furtivo.

—Córdoba no te engaña.

El Campanero da un avance contra el Duero. Éste, de un pechugón violento, lo despide.

El Campanero es un hombre de una debilidad extraordinaria. Su fama naciente como estoqueador de toros se la debe á su bravura, á su temeridad salvaje. Pero todas las cornadas que ha recibido se las debe á su falta de facultades.

Otra particularidad curiosa del Campanero, es la siguiente: como algún otro ejemplo—glorioso en la historia de la tauromaquia—el campanero es más que bravo, es temerario con los toros, pero es cobarde con los hombres.

Por todo esto, Juan del Duero, hombre sereno, consciente, inteligente, se contiene.

La cara del Campanero, color de tierra, demuestra lo que el torero está sufriendo.

El arranque del Campanero no es todo lo violento que debiera ser.

El Duero que así lo comprende, que sabe, además, que á su enemigo le tiene ganada la fuerza moral y hasta la acción, cosa que, en las luchas de la calle, es la victoria, le da la salida á su contrario.

—Nosotros no podemos matarnos así, de esta manera. Nosotros, á lo nuestro, á demostrar la bravura ante los toros. En la primera corrida que toreemos juntos nos jugaremos la vida á una cornada.

Los amigos se interponen, y queda bailando en el aire aquel brutal desafío, el cual, aceptado ó no, tendrá más fuerza que una escritura el día que aquellos dos hombres se encuentren ante un enemigo astado.

El cuervo.

Un empresario miserable, un alma de usurero, un hombrecillo gordo, fofo, lívido, de párpados membranosos y pupilas verdosas de agua en pantanos, que se alimenta de carne de cadáveres y compra niñas en flor á madres astrosas de raza de presidarios, escritura á los dos matadores para que luchen frente á frente con ocho toros de una ganadería renombrada.

El Campanero acepta desde luego.

Juan del Duero, por un momento de inconsciencia inexplicable, firma también el terrible documento, que es una sentencia de muerte entre dos hombres.

La corrida fatal.—La competencia.

La estúpida admiración popular.

El Duero desfiló silenciosamente ante ella: del hotel Suizo, en la calle del Paraíso, á Gondomar; de aquí, por el Gran Capitán, á los Tejares, á la plaza. Llevaba un terno de plata y bronce; iba solo en su coche; serio, preocupado; parecía un moro vestido de torero.

Al Duero le preocupaba la situación suya ante su conciencia.

Él no debió haber aceptado aquella corrida de competencia con el Campanero.

El Campanero era un bárbaro; tan bravo, por lo menos como un toro. Pero de tan extraordinaria debilidad física, que era incapaz de librarse de una cornada por pies.

En cambio el Duero era de tal ligereza y de tal vigor, que se comprometía á correr á un toro, sin capote, de punta á punta de la plaza.

El Campanero era un asombro de debilidad. El Duero espantaba por su exuberancia de facultades. Y ninguno de los dos conocía el miedo.

Era, pues, una brutalidad aquella corrida de competencia. Pero aceptada ya, firmado el contrato, y en camino de la plaza con el traje de luces, no era posible dudar un solo instante. La granada estaba en el aire; no había otro remedio que dejarla estallar.

Entre la gente de pelo trenzado había una expectación trágica. Un torero retirado, famoso, respetado por la buena afición, dijo, refiriéndose al autor de aquella bárbara corrida de competencia:

—Antes de que saliera el primer toro, fuera menester ahorcar al empresario.

La gente ocupaba las esquinas para ver pasar al Duero. Desde los balcones también contemplaban al héroe.

En el momento en que el coche de Juan se detenía á la puerta de la plaza, llegaba también á ella la cuadrilla del Campanero. Juan descendió de un salto y avanzó al encuentro de su enemigo.

Le tendió la mano abierta. El Campanero la estrechó y dijo estremecido de bravura:

—Hasta nunca. ¡A ver á quién le toca salir de la plaza con los pies por delante!

Juntos entraron en el patio de caballos, donde los esperaba una multitud de amigos.

El Campanero estaba nervioso y contento.

El Duero reflexivo como nunca.

El Campanero estaba transfigurado: su

figura, de una gallardía y una virilidad absolutas, se cimbreaba como si se hallara ya en la arena dando sus famosos quiebros de cintura.

Los amigos buenos, antiguos aficionados, le daban los últimos consejos del entendimiento y la prudencia.

Se hizo el paseo.

El Duero pasó la vista por los tendidos y se quedó un momento absorto en sus recuerdos.

¡Parecía mentira; qué vueltas da el mundo! Estaba viendo en las localidades á muchos toreros viejos, y jóvenes otros, cuyas caras le eran á él muy conocidas por haberlas visto cuando no pensaba él en ser matador de toros, en los periódicos y las revistas de toda España. Y ahora todos aquellos hombres famosos habían hecho el viaje á Córdoba por verlo á él, por ver su desafío con el Campanero.

Desde luego la plaza se hallaba dividida en dos bandos: uno, á favor de Juan; otro al de su contrario.

Se abrió el chiquero y apareció el primer bicho, negro como la noche, astinegro, bien puesto, de muchas libras.

El Campanero le dió un quiebro á cuerpo limpio, tan magistralmente ejecutado, que la multitud aulló como un solo animal.

El Campanero, como Manuel García, dominaba los quites de cintura de tal modo, que

esto le permitía librarse del embroque á un palmo de la cabeza.

El Duero dió inmediatamente un cambio de rodillas que le salió embarullado. La multitud guardó silencio.

Ante los picadores se hicieron quites de todas las marcas y en incansable competencia: á la media verónica, largas, á punta de capote, á capote plegado, al brazo, por las afueras...

A la salida de un quite, los dos matadores quedaron apoyados en los cuernos. Al rematar otro quite, hecho materialmente con el cuerpo, el Campanero cogió el sombrero de un entusiasta y se lo puso al toro entre los cuernos; luego volvió á coger el sombrero, buscó con los ojos al dueño y le tiró la prenda al tendido. La ovación fué delirante, unánime, sin distinción de partidos.

El Campanero mascaba la gloria. Como jefe de Plaza que era, endiosado por los aplausos, tuvo, en un momento, un gesto altivo para el Duero.

Juan sintió que la frente le echaba lumbre.

En aquel momento sonaba el clarín á banderillas. El Duero salió en busca del toro. Por ignorancia y valentía le dió un recorte capote al brazo, tan ceñido, que destroncó al animal; la afición inteligente protestó; el Duero tiró un capote ante la cara del toro y se acostó encima. El animal, asombrado, miró á aquel bár-

baro; éste, con traje de bronce y plata que relumbraba como un ascua, esperó, sonriendo, la cornada. Y llegó; fué un derrote tirado con ferocidad y rapidez tal que la punta del cuerno, como una navaja de afeitar, cortó ¡es increíble! la piel de la mejilla del torero, la piel nada más, con una suavidad que le hubiera sido difícil conseguir á un gran operador con su bisturí.

El Campanero cogió las banderillas y se las ofreció á su compañero. Esto era mortal para el Duero; se trataba de una suerte que el gran matador y mal torero consideraba muy difícil para efectuarla él.

El Duero aceptó.

El Campanero salió por delante. Clavó un par al quiebro que produjo el delirio en la Plaza.

El Duero, para vencer, acudió al entendimiento basado sobre la bravura.

Pidió una silla.

Sentado, citó al toro. El animal acudió de lejos. Se detuvo. El Duero lo alegró. Volvió á arrancarse el toro como una bala. Cerca ¡y tan cerca! el Duero, para librarse de la cornada, se levantó. El toro, sorprendido por el movimiento del torero, se detuvo. El Duero entonces volvió á sentarse.

La Plaza se quedó espantada del valor frío y aterrador de aquel hombre.

En el instante en que el torero se alzó definitivamente, se arrancó el animal llevándose la silla en los cuernos. Y se pasó sin clavar.

Tocaron á la muerte.

El Campanero desplegó la muleta en la misma cara del toro. Con un pequeño movimiento del brazo izquierdo se libra del embroque. Se revuelve la fiera como la punta de una tralla; el salvaje, moviendo la muñeca de izquierda á derecha, consume el famoso pase de pecho de Juan León.

Cita á recibir y el toro no acude. Perfilado en el centro se arranca con una estocada, al parecer monumental, però pincha en hueso y sale trompicado y con el brazo dormido del choque.

Se encorajina. Da un medio pase, dos cambiados y dos de telón.

Con el toro humillado se arranca al volapié. La cogida es formidable en la ingle. El toro muere. Pero el matador también sale muerto de las astas.

La emoción natural en la muchedumbre. Y la galvanización del Duero.

Retiran al difunto. Y la corrida sigue con tan bárbaros alardes de valor del Duero que, cansado ya de derrochar bravura, se dice á sí mismo emocionado:

—Me suena á bronce el corazón.

Pero la multitud, que había ido á aquella

corrida excepcional decidida á ver el suicidio de un hombre, sufre—cosa natural en los histéricos—una reacción sentimental.

Y pretende pagarlo todo con Juan del Duero. Claro que éste es hombre para semejante conflicto y para más.

La multitud no se atreve á silbar, porque sería una injusticia tan brutal que podría dar lugar á un nuevo desavío.

El Duero, entre alardes de valor absurdos, continúa la corrida.

En el penúltimo toro, el Duero hizo un desplante de vigor y valentía que le pudo costar una cornada. Era un toro de sentido que distinguía, como un acreedor, el cuerpo del capote. Cansado el matador de librarse de los hachazos á fuerza de facultades, decidió, rabioso, torear sin engaño. Pero, en el primer embite, el toro le ganó el terreno, por un resbalón, y el torero se encontró encunado. El Duero, sereno, se salió de la cuna apoyando las manos en el testuz. Y quedó un poco resentido del hombro derecho y atontado el cerebro del encontrón.

El último toro era un marrajo.

El Duero, con un zumbido especial en los sesos, le tomó asco al animal.

No estuvo bien en ningún tercio. Y, en la muerte, como el toro se tapaba, le dió un bajonazo indigno que el público en masa silbó.

El Duero salió de la plaza con aquel ruido sordo en los sesos.

Se fué á su casa acompañado del señor Rafael.

Cuando subían las escaleras del hotel Suizo, exclamó el matador:

—El último toro me estropeó la labor de toda la tarde. Tengo que hacer algo por mi prestigio naciente.

—¿Y qué vas á hacer?—preguntó Rafael.

—Ya veremos. Le voy tomando un cariño tempestuoso á mi profesión. Es tan corta la vida, que me da gusto jugármela todas las tardes para gozar luego de ella. Las ovaciones enloquecen. Cuando yo era caballista y aplaudían mis ejercicios en el circo, no me hacían ningún efecto las manifestaciones populares, quizá porque el peligro era más aparente que efectivo. Pero ahora, que veo en las astas de cada toro balancearse la muerte, me empiezan á arrebatarse los clamores del público. Noto que voy perdiendo la serenidad. Me explico las transfiguraciones, en la plaza, del pobre Campanero. Hay un momento en que la muerte me atrae hacia los toros, me trastorna.

—Por ese camino se va derecho á alimentar flores del camposanto. Por ahí caminó el Espartero.

—¡Bah!—concluyó Juan del Duero—cuando

nací me encontré abiertas de par en par las tres puertas más grandes de la vida: la cárcel, el hospital y el cementerio.

—Esas están abiertas para todos. Pero hay quien camina más de prisa hacia una de ellas.

—Por ejemplo: el Campanero.

Un hombre extraño, fundador y propagandista temerario del antíflamenquismo.

Por aquellos días llegó á Córdoba un hombre extraño, que andaba recorriendo los ateneos de España, y también los focos hirvientes del flamenquismo, predicando contra las corridas de toros. Era un muchacho de unos veintiocho años, bajo, rechoncho, con mirada sucia de cristal embazado, frente de genio y figura de sapo.

Se había revelado como hombre de extraordinario talento en una veintena de artículos formidables, publicados desde la cárcel de Madrid, el año 1909, sobre motivos de la guerra de Melilla. El había asistido como voluntario á la campaña, y sus artículos, estupendos—muchos de ellos—habían dado lugar á que *El Imparcial*—cuyo director fué cronista de la guerra—dijera noblemente, sobre poco más ó menos: sin molestia para nadie, ningun-

no de los escritores que allí fueron á contar lo que vieron, supo ver lo que vió él.

Antes de la guerra, aquel muchacho había dado el primer trompetazo de su talento con un *Cuento Semanal* titulado "Alma de Santa".

Después de la guerra, los cuentos y los artículos publicados en revistas y periódicos por aquel joven, eran deleznable: parecía dormido, embrutecido, agotado. La mayor parte de los escritores jóvenes se alegraban de aquel embrutecimiento y lo pregonaban sin descanso; una minoría insignificante lo lamentaba; otros—ilustre alguno—no creían en aquel talento; entre los que quedaban, uno sobre todos, tenía una fe absoluta en el resurgimiento de aquel cerebro.

Dió unas conferencias resonantes y publicó un folleto magistral titulado *El flamenquismo y las corridas de toros*. En el reverso de aquel opúsculo anunciaba nuevos libros y obras teatrales sobre el mismo tema.

Antes de la aparición de estos trabajos el autor fué á Córdoba. Allí lo conoció y escuchó su palabra el Duero.

Desde las primeras ideas, al Duero le interesó aquel hambriento. Lo escuchó atentamente; aquel joven, de privilegiado cerebro y profunda y vasta cultura, tenía perdido el punto de apoyo de la razón. Le admiró la visión macroscoma de aquel muchacho que todo

lo veía arquitectónicamente. Le dejó absorto la descripción artística, científica, que hizo el conferenciante de la cabeza de Lagartijo, de "aquella cara de celtíbero, de guerrillero de Istolacio". La cultura del antíflamenquista era estupenda; un mar por el que se podía navegar. Además, era una cultura de extraordinaria belleza; no era la cultura, de espantosa pesadumbre, de un sabio; era la de un artista que había sabido escoger de lo bueno lo más bello.

El conferenciante poseía, además, el arte peregrino de presentar sus ideas como el primer lapidario del mundo sus joyas.

Era un grande del pensamiento, he dicho.

El Duero estaba encantado.

Al lado de Juan del Duero se hallaba un gran admirador del conferenciante: Pepe Requena, un cordobés famoso por sus *golpes*, por su buen humor inagotable; allí estaba sin perder una sílaba, con su aspecto recio, su cara afeitada, mezcla de bromista y de hombre cabal, haciendo signos afirmativos con su testadura y cana.

—Esta es la chipén — dijo Requena.—Este tiene más talento que setenta. El inventor de la mismísima purificación de la canela.

El Duero afirmó con la cabeza para que el interruptor lo dejara en paz.

Pero al final de un período brillante Re-

quena, con su humanidad musculada de 98 kilos, se alzó del asiento, se recogió la chaqueta en las caderas, lanzó un ¡olé! estentóreo y, acompañándose con un garrote de alarmente pesadumbre, hizo un repiqueteado con los tacones.

El Duero se tiró de risa.

El mismo conferenciante tuvo que hacer un gesto amistoso para que el alegre se callara y dejara el baile.

La conferencia concluyó entre la sincera y profunda admiración del Duero.

Al salir, como los elogios del matador fueran tan ardientes, alguien le preguntó:

—Pero, ¿qué es eso? ¿Piensas cortarte la trenza?

—No, hombre. Más torero que nunca. Pero eso no quita para que comprenda que ese hombre tiene razón y, sobre todo, para que admire su talento.

—Pues si comprendes que él tiene la razón, tú no debes ser torero.

—Y tú eres un estúpido. Que me dé él el sueldo que gano y me retiro. Yo soy matador de toros porque me conviene y me sobran facultades; como sería sereno, ó fabricante de corbatas, ó salteador de caminos, si cualquiera de estas profesiones me dieran más que los toros.

—Entonces tú eres...

—Un granuja como tú y tu padre y como todo el mundo — concluyó el Duero entre la estupefacción de los presentes.

—Tienes razón tú, chaval—interrumpió un viejo cordobés con la misma cara de Séneca, su ilustre antepasado.—Cada uno va á su avío: tú al tuyo, éste al suyo, y ese gachó que ha *perorao* ahí, no te creas tú que no estará untando grasa á su avío.

—Pero ese tiene talento y ciencia.

—¿Si te creerás tú que no tenía arrojo y saber Pedro Romero ó el Califa? Y tenían decoro, además; que no te vayas tú á pensar que lo tienen todos.

La gente rió del final del viejo. Juan, pensando que aquello podría referirse á él, por su mal paso en el último toro de la corrida en que había muerto el Campanero, preguntó:

—Diga usted, anciano: en el asilo donde lo tienen á usted recogido, ¿le echan carne al puchero? Porque el domingo que viene, voy yo á matar ocho toros de balde y voy á regalarle luego la carne á los pobres de Córdoba.

Me comprometo á dar esa corrida, en serio y tal como lo he dicho. Se lo juro á usted por éstas.

El día grande de la tauramaquia moderna.

Como Frascuelo un día, como Lagartijo otro, el Duero mató de balde, solo, toda una corrida. Pero en esta fiesta moderna de resurrección fueron ocho los miuras. Y fueron ocho las estocadas recibiendo que dió el Duero, y todas las faenas girando sobre los talones y siempre sobre la mano izquierda. Las siete primeras estocadas fueron altas, rectas y profundas. La estocada número ocho, con una noble tendencia al lado contrario.

¿Quiénes son los que dicen que todo esto no es posible?

—¡Vamos, hombre; *ustés* no han visto al Tato!—como decía á gritos todas las tardes aquel ilustre animal de Pérez Alerón, muerto ya por su desgracia, que llevaba treinta y cinco años de asistencia asidua á las corridas madrileñas y entendía de toros lo que una ostra.

España se conmovió hasta en sus costas al ver cuajado de tal modo al más estupendo fenómeno taurino, nacido en la patria de Cervantes y Pepe-Hillo.

Juan del Duero vió la gloria á sus pies, sintió el vaho de todo un pueblo que, en presencia de su ídolo, hacía con la ausencia de pala-

bras de la suprema admiración: ¡Ahhhhh!... echándole el aliento á las narices.

Empezó á recibir visitas de los cuatro puntos cardinales de la Península.

Hasta que un día, en presencia de un montón de aristócratas que habían acudido á molestarlo, exclamó:

—¡Ea, señores, esto es demasiado!

—¡Oh, no! De ninguna manera. Todo te lo mereces, Juanillo.

—Sí, señores; esto es demasiado, demasiado moler. Bien está que yo sea el primer matador del mundo; pero á juzgar por los caballeros que me visitan, lo que parezco es el primer médico de imbéciles de la tierra.

Los aristócratas se rieron de la genialidad, y el Duero quedó pensativo unos momentos, considerando que la estupidez de aquellos señores era mucho mayor de lo que él había supuesto.

Sus instintos de pirata despertaron ante aquellos desgraciados, que eran á propósito para entregarse ante un golpe bien dirigido.

Juan del Duero, cerrando la puerta de la habitación, preguntó sonriente:

—¿Cuántos sois?

—Ocho.

—¡Hombre! Me vais á pagar entre todos la corrida del domingo. ¡A ver, vengan ocho mil pesetitas entre todos.

Aquellos nobles, descendientes de bastardos y aun de reyes, soltaron lo que el Duero les pedía.

El matador de toros enfundó los billetes y, sonriendo siempre, echó á patadas de su cuarto á la turba de pobres diablos.

Se encerró con llave y se dispuso á contar sus dineros. Era un hombre rico; el robo al lapidario hebreo, el de Santa María la Blanca; sus ahorros de caballista, sus ganancias de matador de toros...

Poseía una porción de miles de pesetas.



Después de aquella broma pesada y tremenda, Juan del Duero se dispuso á descansar unos días.

Pasado aquel descanso, el Duero llevaría á cabo, en España, en los circos taurinos, hazañas estupendas.

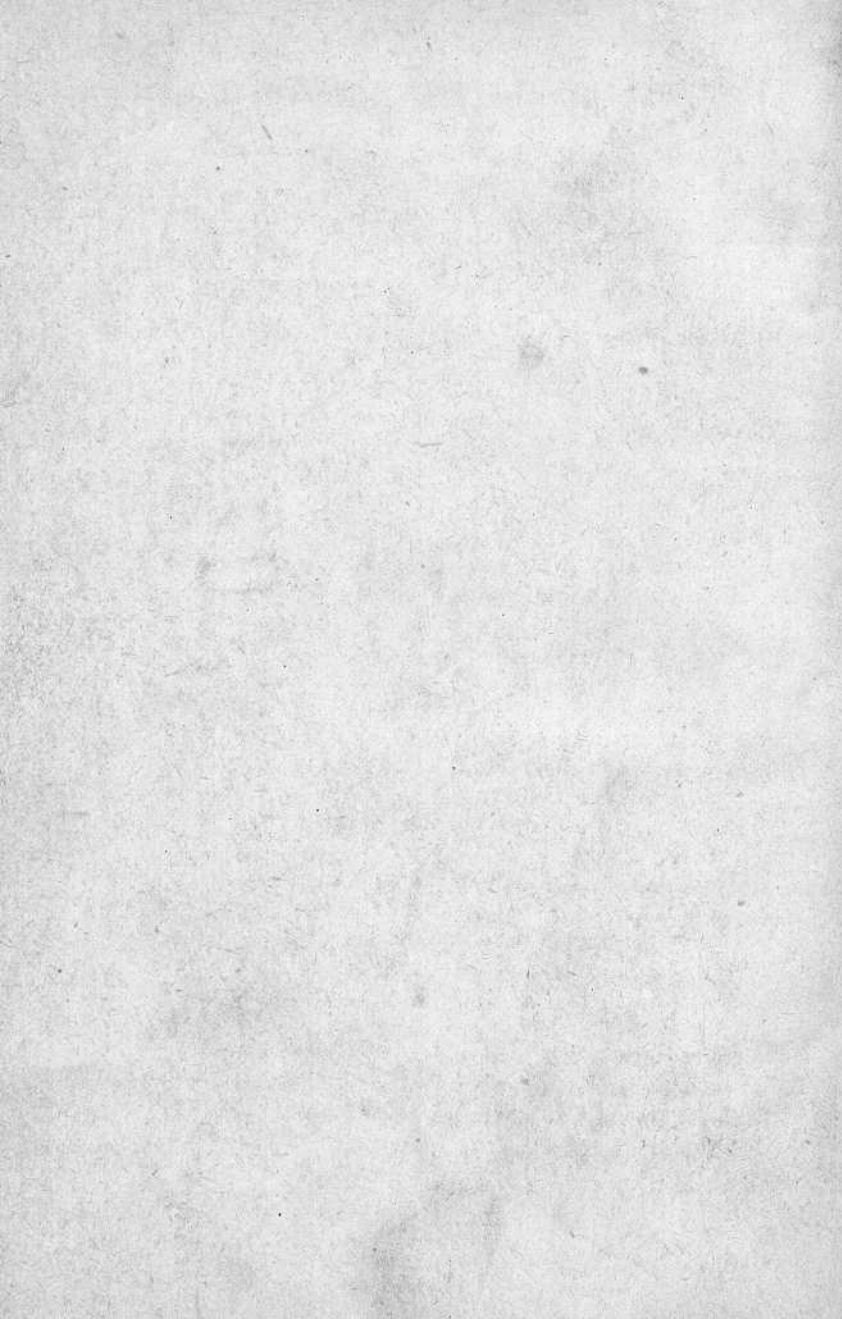
En otro libro se las contaré á ustedes. Para ahora, ha sido ya bastante por dos pesetas.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA	5
Los perfumes del vicio y el misterio.....	7
Un atardecer.....	20
Los hombres fuertes.....	26
Juan del Duero en Sevilla.....	28
El falsificador de piedras preciosas.....	38
Cósima, la bella hebrea.....	45
El judío errante.....	53
La batalla de las Doncellas.....	62
La calavera de marfil. En la mesa redonda de su hotel.....	69
La ciudad de los califas. El hachazo de un miura.....	79
El asalto á una gitana cordobesa.—La guitarra..	92
El reto.....	113
El cuervo.....	114
La corrida fatal.—La competencia.....	115
Un hombre extraño, fundador y propagandista temerario del anti flamenquismo.....	123
El día grande de la tauromaquia moderna.....	128



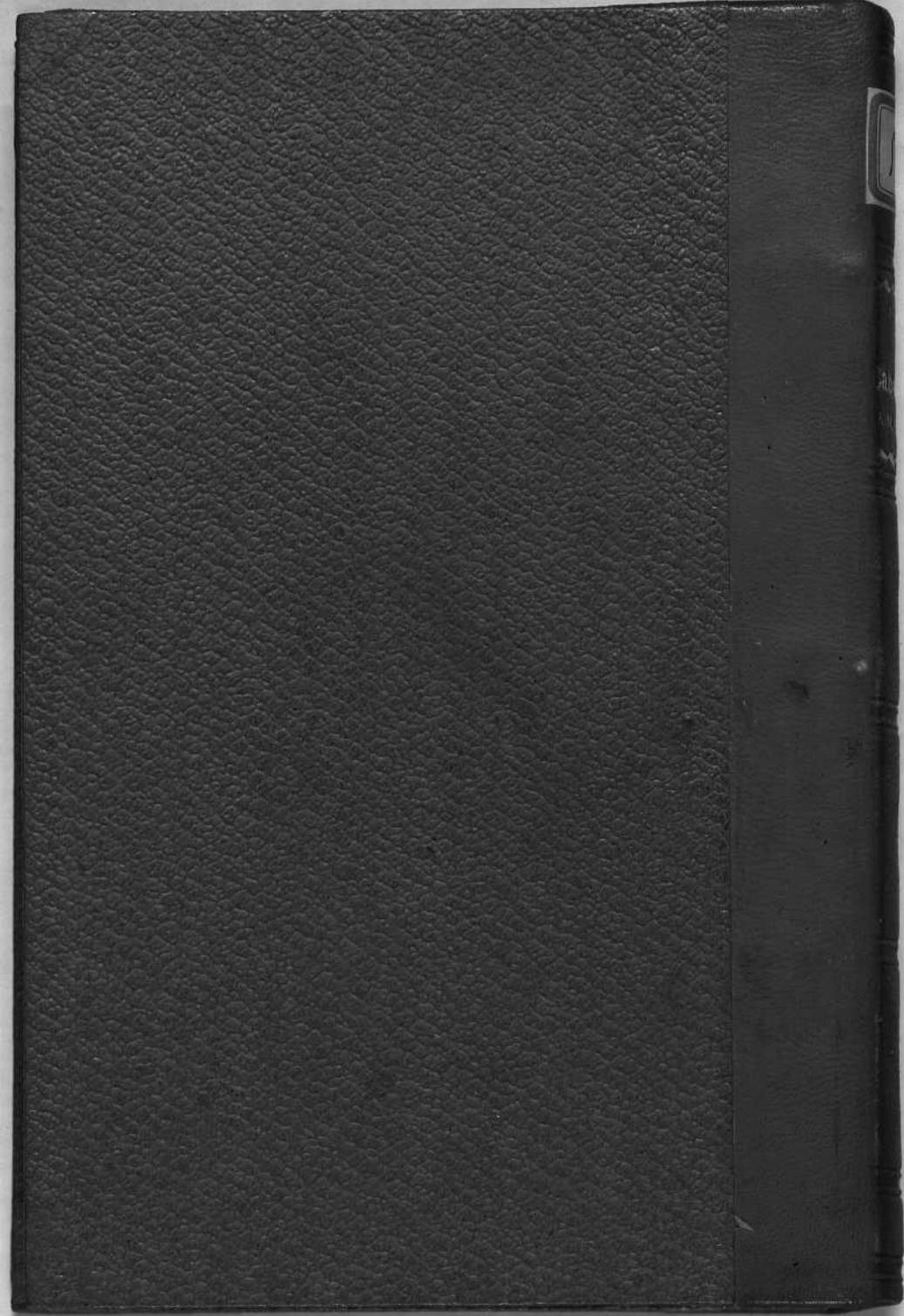




MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Número.	556	Precio de la obra.....	Pesetas
Estante .	2	Precio de adquisición..	
Tabla...	5	Valoración actual.....	
	Número de tomos.		



156.

PLESIAN

DE

PLATEAU DE

MASTADON

DE

PLATEAU DE

MASTADON

DE

PLATEAU DE

MASTADON

DE

PLATEAU DE

MASTADON

DE

PLATEAU DE

MASTADON

DE

PLATEAU DE

MASTADON

DE

PLATEAU DE

MASTADON

DE

PLATEAU DE

MASTADON